

# Micromundos

Quintín García Muñoz



# MICROMUNDOS

Autor: **Quintín García Muñoz**

Portada: **Alejandro García Gil**

Impreso en **EIMPRESION**

**Núm. Reg. Propiedad Intelectual: Z-444-12**

**ISBN: 978-84-695-5408-1**

**Depósito Legal Z-2023-2012**





# Micromundos

## I

**E**n una montaña muy alta, cuya cumbre permanecía habitualmente cubierta de nubes, había un pequeño pueblo. Se podían contar poco más de cuatro casas, un establo y dos corrales. En uno dormían los animales de carga, y en los otros dos, cincuenta ovejas y diez cabras.

Si bien la vida de aquél lugar era muy dura, también podemos asegurar que la paz se palpaba, y la grandeza del paisaje hacía que los habitantes del mismo tuviesen un alma tan enorme como el propio entorno.

Allí vivía Pedro; tenía siete años, de aspecto saludable, alegre, de gran reciedumbre e inocencia, si bien ello no significaba que no fuese inteligente o carente de recursos; muy al

contrario, era realmente ingenioso. A veces soñaba, despierto, que inventaba artefactos que incrementaban el rendimiento agrícola y ganadero.

Desde su casa se escuchaba el discurrir de las aguas del río Gálico. Su rápida corriente hacía subir un melodioso canturreo que alegraba el corazón de nuestro amigo.

Mirando un poquito más lejos, donde el caudal de agua, de color plateado, se perdía entre los grandes peñascos, se podía adivinar un viejo puente romano tamizado por el color verde del musgo y de las viejas yedras, que unía las dos partes del pueblo más importante de la comarca: Serto.

Al atardecer se escuchaban las campanas de la iglesia románica que llamaban al recogimiento interior.







En la madrugada, cuando todavía era de noche y las estrellas podían acariciarse con la mirada, el gallo cantaba, y la madre de Pedro, que se levantaba la primera, despertaba a todos los de la casa.

Nuestro amiguito, aún en pijama, salía al patio. El suelo estaba revestido de piedras, entre las que se asomaban multitud de hierbecillas que permitían andar descalzo, sintiendo un delicado placer, proporcionado por el frescor y la suavidad de las mismas.

Seguidamente, vertía en una palangana el agua que sacaba del pozo con un cubo de metal. Se lavaba la cara, y se mojaba el cabello para despertarse mejor.

-¡Qué agua tan limpia y fresca! -  
exclamaba el niño.

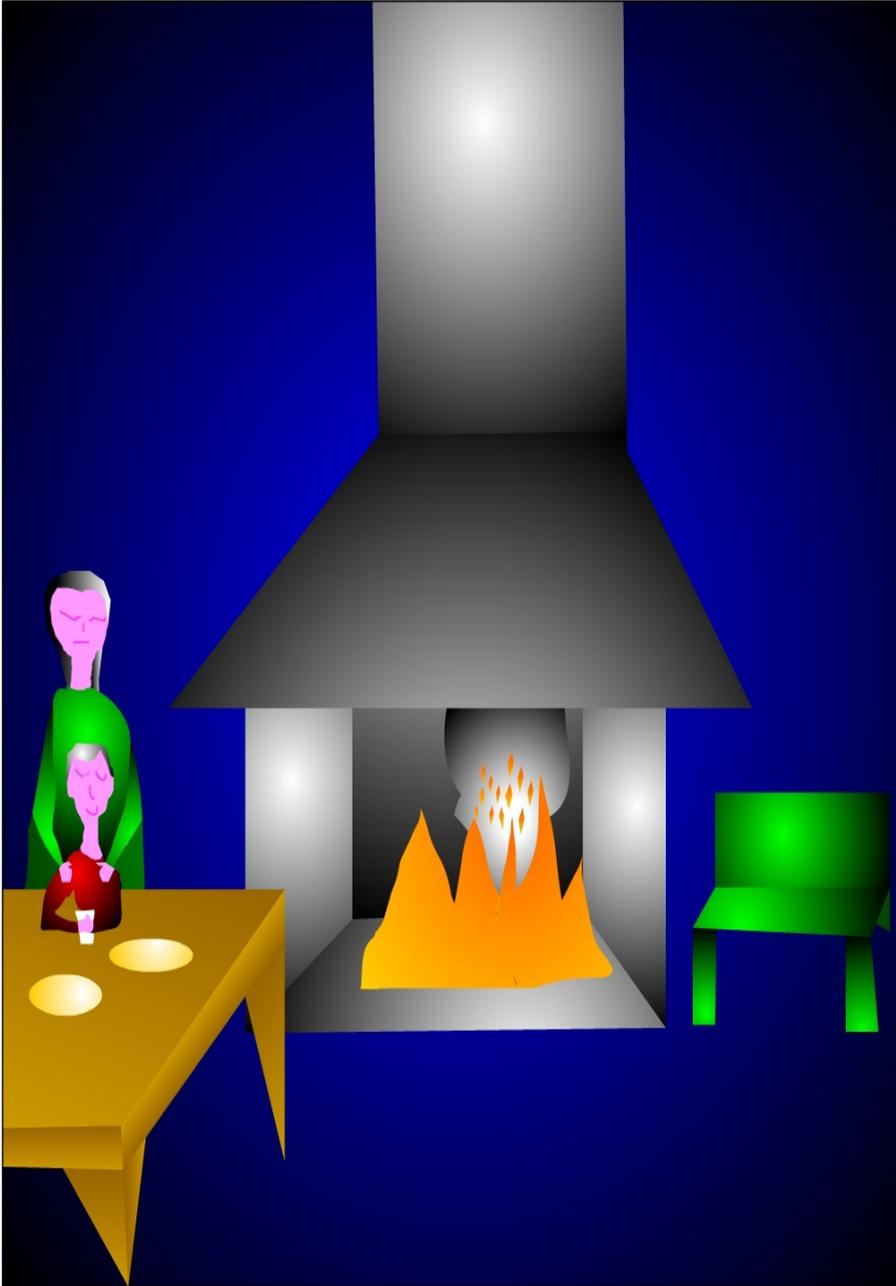
Su mamá ya tenía preparado el desayuno sobre una mesa de madera cercana a la

chimenea, por la que escapaban las chisporroteantes lenguas de fuego.

Los ricos manjares consistían en dos trozos de pan de leña y un gigantesco tazón colmado de leche. La mayoría de las veces untaba las rebanadas con mantequilla, después de haberlas tostado en las brasas.

Con un bocadillo en la cartera se alejaba cantando y saltando hacia Serto. Asistir a la escuela era su mayor placer. Le esperaba un mundo nuevo de conocimientos, que eran el primer paso para conseguir la sabiduría.

Las mañanas, aunque frescas, eran maravillosas. El aroma a tierra húmeda, regada por el rocío, los primeros rayos de sol, que se filtraban entre las crestas de las montañas, los pájaros canturreando y algún águila, que escrutaba cada uno de los riscos cercanos, le embelesaban mientras caminaba.





Sus grandes ojos buscaban alguna ardilla que ascendiese velozmente por los troncos de los pinos asustada por sus pasos. Y, como siempre, estudiaba el comportamiento de las hormigas, que formaban interminables hileras desde un árbol a otro.

Aquel día, Pedro se sentía rebosante de vitalidad y entusiasmo, aunque, como joven que era, casi no tenía conciencia de ese sentimiento interior.

Pudo más, en su interior, la curiosidad que el sentido del deber, y se sentó junto a un hormiguero -Sólo un momento -se dijo.

¡Le parecían estos diminutos seres tan semejantes a los hombres!

¡Eran tan trabajadoras, tan minúsculas, y tan sujetas al peligro de que alguien las pisara y diese muerte!









Abrió la cartera, cogió tres migas de pan, y las depositó muy cerca de su sendero.

Al principio, rehusaron abandonar fila. Luego, la más atrevida y valiente rompió la formación y tras comprobar tan gran tesoro, se llevó un buen pellizco.

Pronto hubo varias compañeras que trataron de arrastrar las migajas que quedaban.

Por un instante, Pedro pensó que le gustaría conocer su mundo.

El niño tuvo un extraño desvanecimiento, se apoyó en el árbol que tenía al lado, y notó que era más grande que antes.

-Pero... es imposible - se dijo -, y volvió a mirarlo para cerciorarse de que realmente así era.

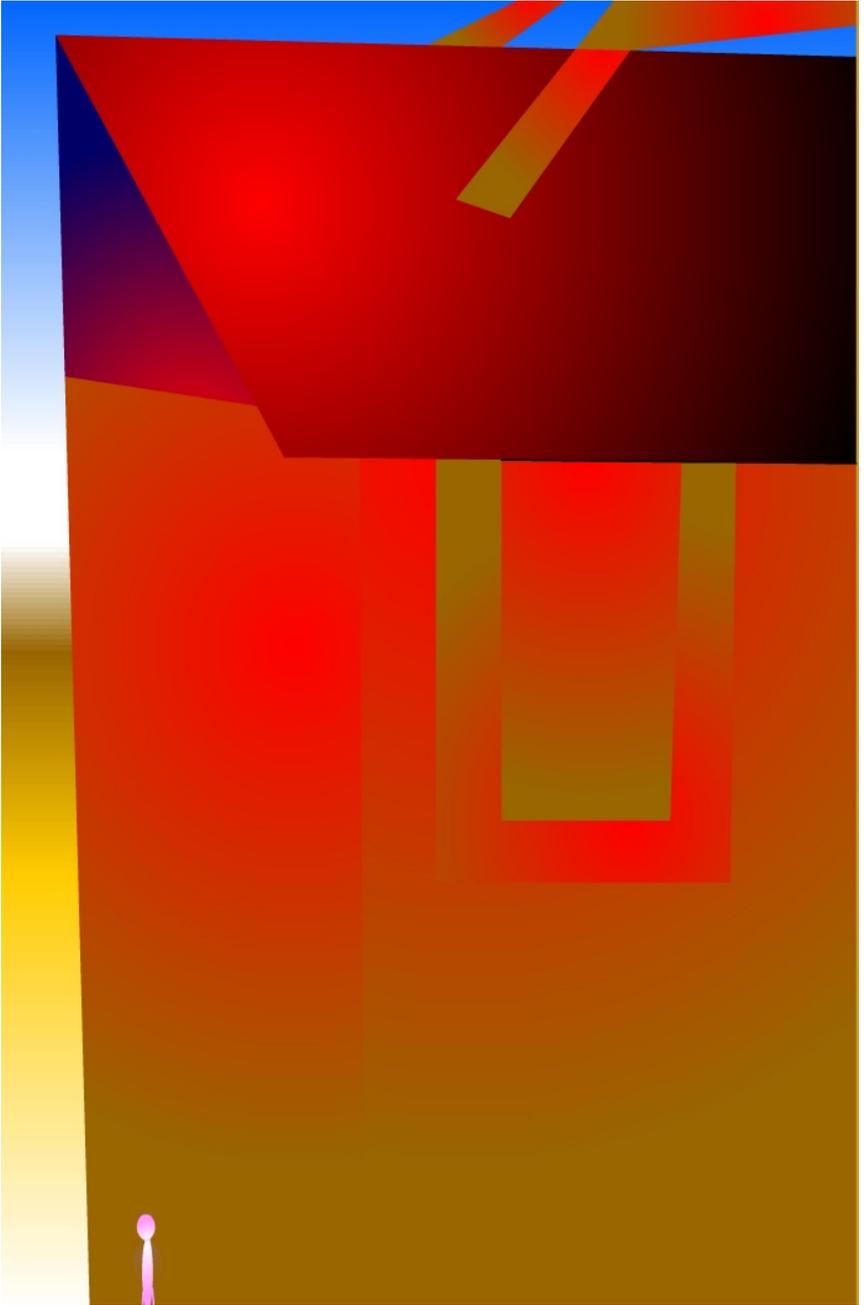
Observó la cartera, le parecía mayúscula, mucho más voluminosa, y cosa curiosa, las hormigas habían crecido. Las hierbas comenzaban a sobrepasar su cabeza. Pero lo que le causó mayor sorpresa y miedo fue que se estaba transformando en algo parecido a una hormiga.

Todo se hizo gigantesco y amedrentador.

¿Qué le había ocurrido? ¿Acaso estaba soñando, o su deseo se estaba convirtiendo en realidad?

No era capaz de resolver tan misterioso enigma.

Observó el árbol que se había hecho gigantesco, y del cual ya no vislumbraba el final. Es que... en realidad... ¡No existía el árbol!





A su lado había aparecido una inmensa montaña, una pared de color rojo con ranuras o canales que subían y subían hasta perderse en una nube de color verde-azulado.

Había gran cantidad de enormes peñascos por todas partes, y las antiguas hierbas... habían transmutado en gruesos árboles, cuyos troncos parecían escamosos.

Lo peor de todo era que la memoria se le iba esfumando, costándole gran esfuerzo recordar quién era él mismo, quiénes eran sus padres, dónde estaba, y qué había pasado...

Permaneció quieto, con la mente en blanco, mirando alrededor suyo. Todo le causaba extrañeza y asombro, y lo curioso es que tampoco sabía el porqué. Cerca de allí podía percibir una difusa montaña (su cartera), como si quisiera significar algo, como si la conociese de siempre, como si...

Fue despertado bruscamente de su atolondramiento por una mano:

-¡Eh tú! ¿De qué distrito eres? - le gritó una figura con un ligero parecido a una hormiga. La única frase que pudo balbucear inconscientemente fue:

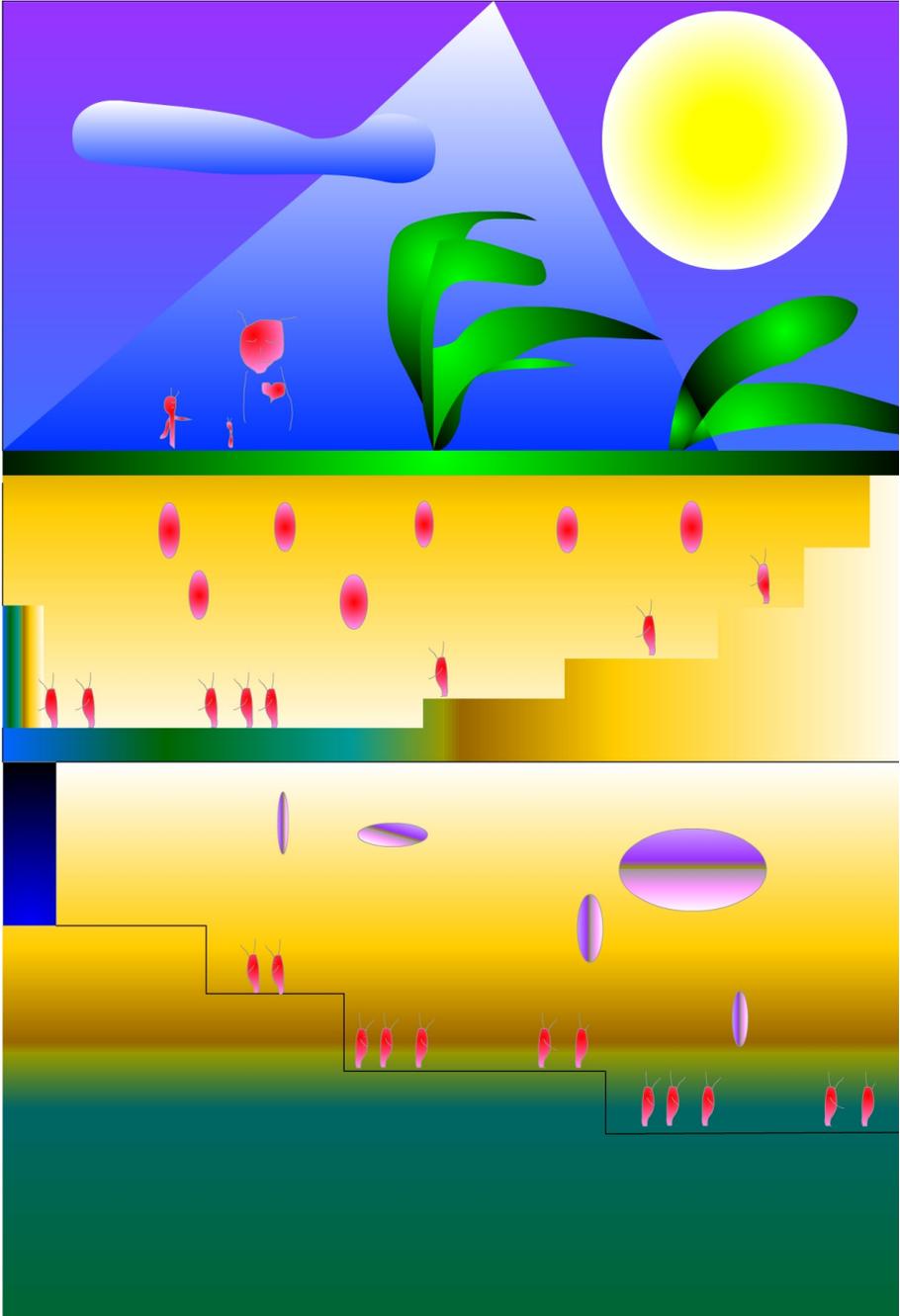
-¡No... lo... sé!

-Tendrás que acompañarme.

Pedro siguió al soldado. Definitivamente había olvidado que en otro tiempo había sido un niño.

Fue sometido a un pequeño interrogatorio. El jefe de los soldados comprendió que se encontraba ante alguien joven que había perdido la memoria, pues no sabía decir nada de nada, ni acerca de sus padres, ni de las costumbres de su distrito, ni de sí mismo. Así que fue llevado a una celda donde había muchos jóvenes, de su misma edad. Todos los micrótinios le preguntaban, pero él no sabía responder. Todos, excepto uno, pensaron que era idiota.







Ella apenas le había visto, pero se había enamorado de él.

A la mañana siguiente, un soldado pasó por la sala despertándoles. ¡Vamos, vamos, es hora de salir a buscar alimento!

Después de lavarse con un líquido derivado de hierbas machacadas, se dirigieron al comedor. Los cocineros entregaron a cada uno de los jóvenes un trocito de masa, parecido al pan, y una pequeña cantidad de líquido dulzón. ¡Qué rico estaba todo!

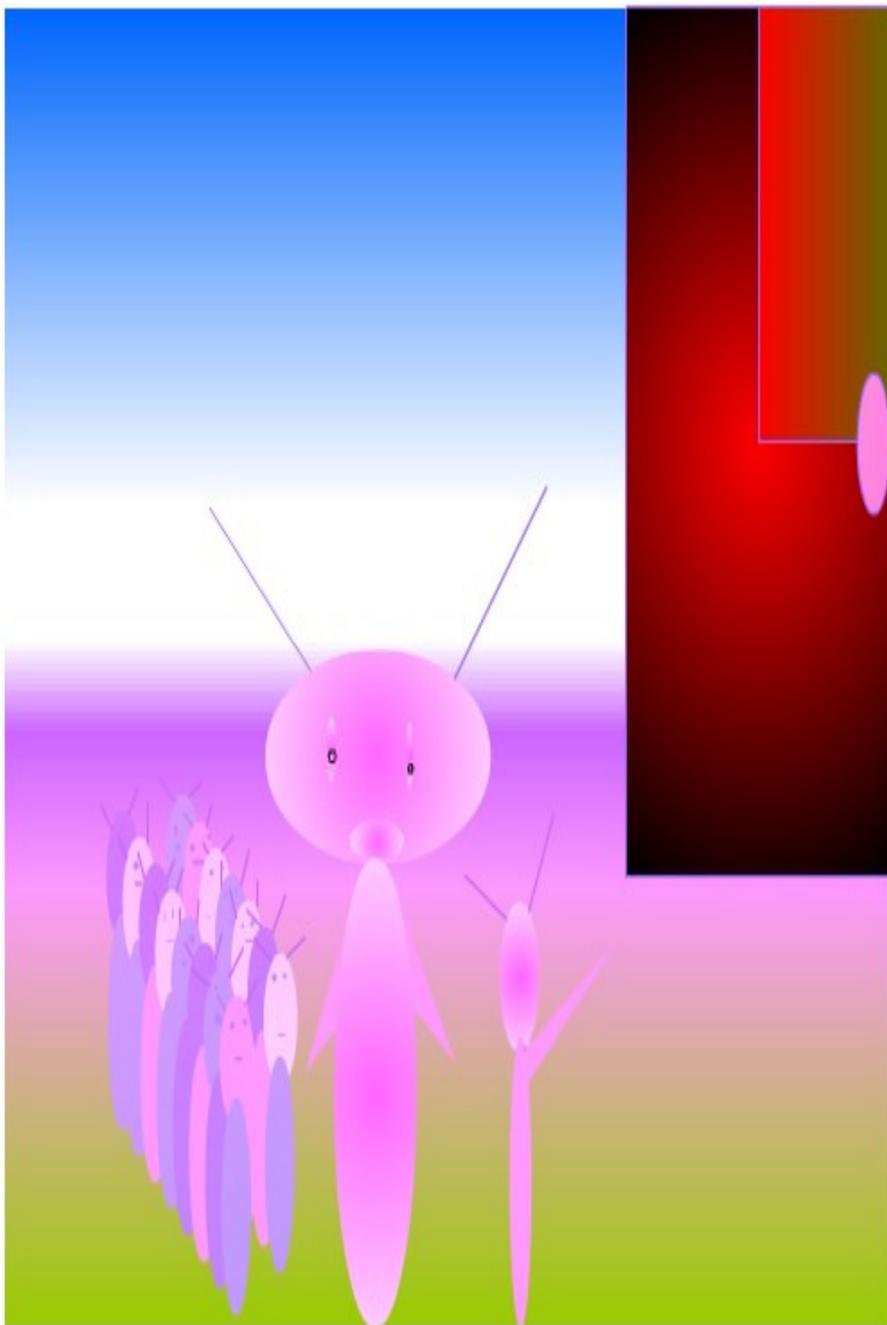
Flor de Aire se sentó junto al atolondrado recién llegado, al que todos comenzaron a llamar Feldo; ¿Por qué le llamaban así?

No sabían cómo llamarle, y en el lenguaje de los micrótinios se denomina feldo a aquel individuo que vive como en sueños y no se expresa correctamente, diferenciándose de los totalmente estúpidos por el brillo de sus ojos.

Nosotros los humanos habríamos dicho que se encontraba en un estado de shock.

Todos los micrótinós salieron al aire libre detrás del soldado. Era verano y debían buscar comida para almacenarla y tener qué comer en invierno, pues no bastaba con el criadero de hongos que tenían dentro del microterio.

El mayor del grupo era quien dirigía la operación; el soldado sólo tenía como misión defenderlos de algún peligro imprevisto. Durante dos horas caminaron y caminaron sin encontrar algo de valor.





Feldo sintió una atracción irresistible hacia un objeto muy grande y extraño de color rojo que se encontraba... allá lejos. Intuyó que él no debía ser el protagonista, y se dirigió hacia donde estaba el jefe de la expedición. Señaló hacia el lugar en el que se ubicaba el objeto rojizo.

El responsable de la operación no comprendía... pues solo podía ver una cosa inanimada. Allí era imposible que hubiese algo de comer.

Feldo ya conocía la palabra comida en el idioma de los micrótinios. Y puesto que progresivamente se encontraba más ágil y despierto, consiguió balbucear:

-¡It!, ¡It!

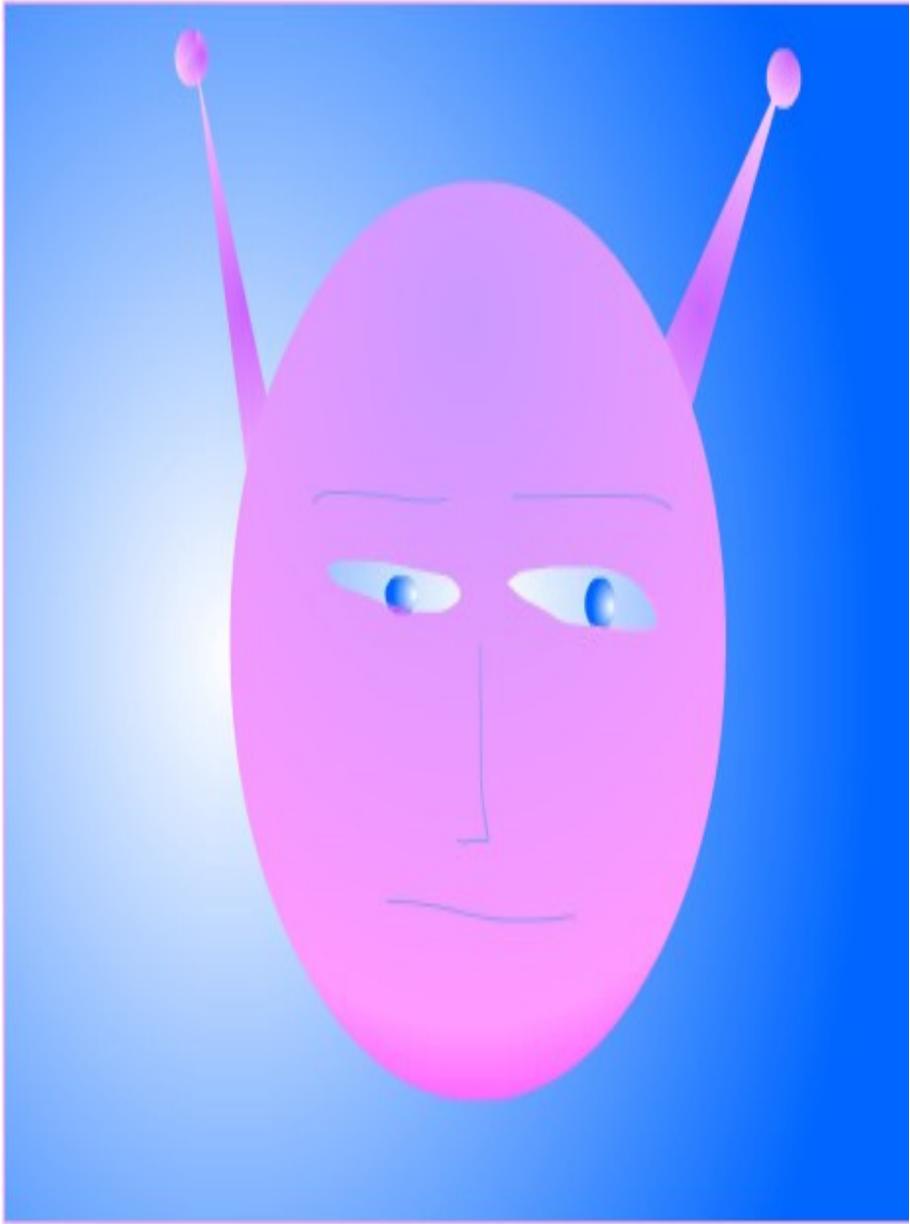
El guía no comprendía, pero Feldo, en postura de reverencia y acatamiento de su autoridad, le explicó con gran esfuerzo:

-"Solo perderemos unos minutos. Creo que deberíamos intentarlo".

Feldo tuvo suerte de que el responsable era un joven fuerte y benevolente; si hubiese sido otro, al instante le habría dado un puñetazo que le habría dejado tieso, pero Tranco - que así se llamaba- fue comprensivo y cedió.

-¡Feldo vuelve a tu sitio!-le ordenó en voz alta para mantener su dignidad y autoridad delante de todos los demás.





FLOR DE AIRE



Flor de Aire se sorprendió de la audacia de Feldo. Aunque en realidad más que valentía había sido un poco de ignorancia y desconocimiento de las rígidas costumbres del microterio.

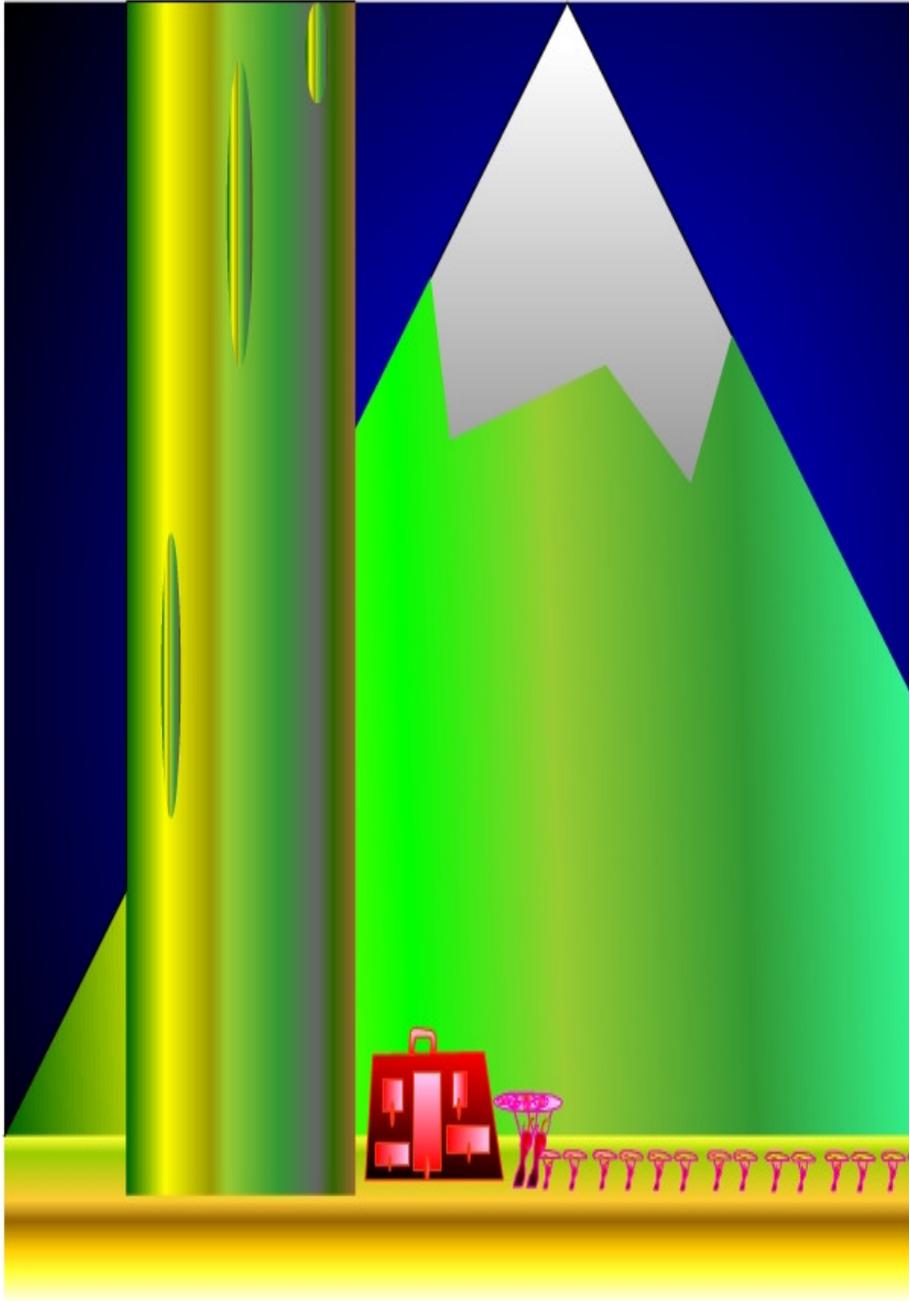
Los acontecimientos se habían sucedido rapidísimamente, y casi nadie de la fila se había percatado de la acción de nuestro amiguito. Pensaron que había actuado así por alguna otra necesidad.

Tranco encabezó al grupo y se dirigió hacia el voluminoso objeto rojo. Tras examinarlo con un primer golpe de vista, no parecía tener nada de valor. No sabía por qué, pero Feldo le había caído simpático, y confiando en su insinuación, se introdujo por una pequeña abertura, que era un descosido en una esquina de la cartera de Pedro, y comenzó a comprender lo que había.

Sólo en alguna leyenda de los micrótinios se narraba el hallazgo de un tesoro semejante. Una montaña de pan con algo más en su interior. Tendrían para gran parte del invierno.

Salió del agujero, excitado y contento, se lo comunicó al guardia, quien para creerlo tuvo que verlo con sus propios ojos. Cada uno de los micrótinios portaba una miga de pan, excepto Tranco que cogió una enorme loncha de queso y necesitó la ayuda del guardia para transportarla.

Cuando llegaron al microterio, la noticia ya había corrido de boca en boca y Tranco fue recibido como un gran héroe.





La reina en persona le felicitó. El guía intentó decir que Feldo le había sugerido la idea, pero con la excitación de los asistentes no le dejaron hablar, y nadie, excepto Feldo, Flor de Aire y el propio Tranco, supo nunca nada de aquel asunto.

Nuestro amiguito estaba contento al notarse más ágil.

Los días transcurrían plácidamente con el sol del verano y esas cálidas horas centrales en las que los micrótinios se sentían vivos y vigorosos. Su fuerza parecía no tener límites. Algunas veces interrumpían su labor las estruendosas tormentas, y aprovechaban para narrar historias en sus celditas.

Así continuó casi todo el estío, hasta que un aciago día ocurrió lo que tantas veces se había temido:

Los micróminos gigantes, llamados también microsauros, se adueñaron del microterio en un abrir y cerrar de ojos; mataron a muchos soldados e hicieron gran cantidad de prisioneros para tener sirvientes en sus interminables pasadizos de la ladera de un montículo cercano.

Era ridículo ver juntos a un microsauro y a un micrómino sirviéndole la comida. Pero para el gigante era un gran placer ser servido.







Otros micrótinicos como Flor de Aire, Tranco y el mismo Feldo fueron destinados a la limpieza; labor muy dura y desagradable en los interminables, sucios y apestosos túneles del macroterio.

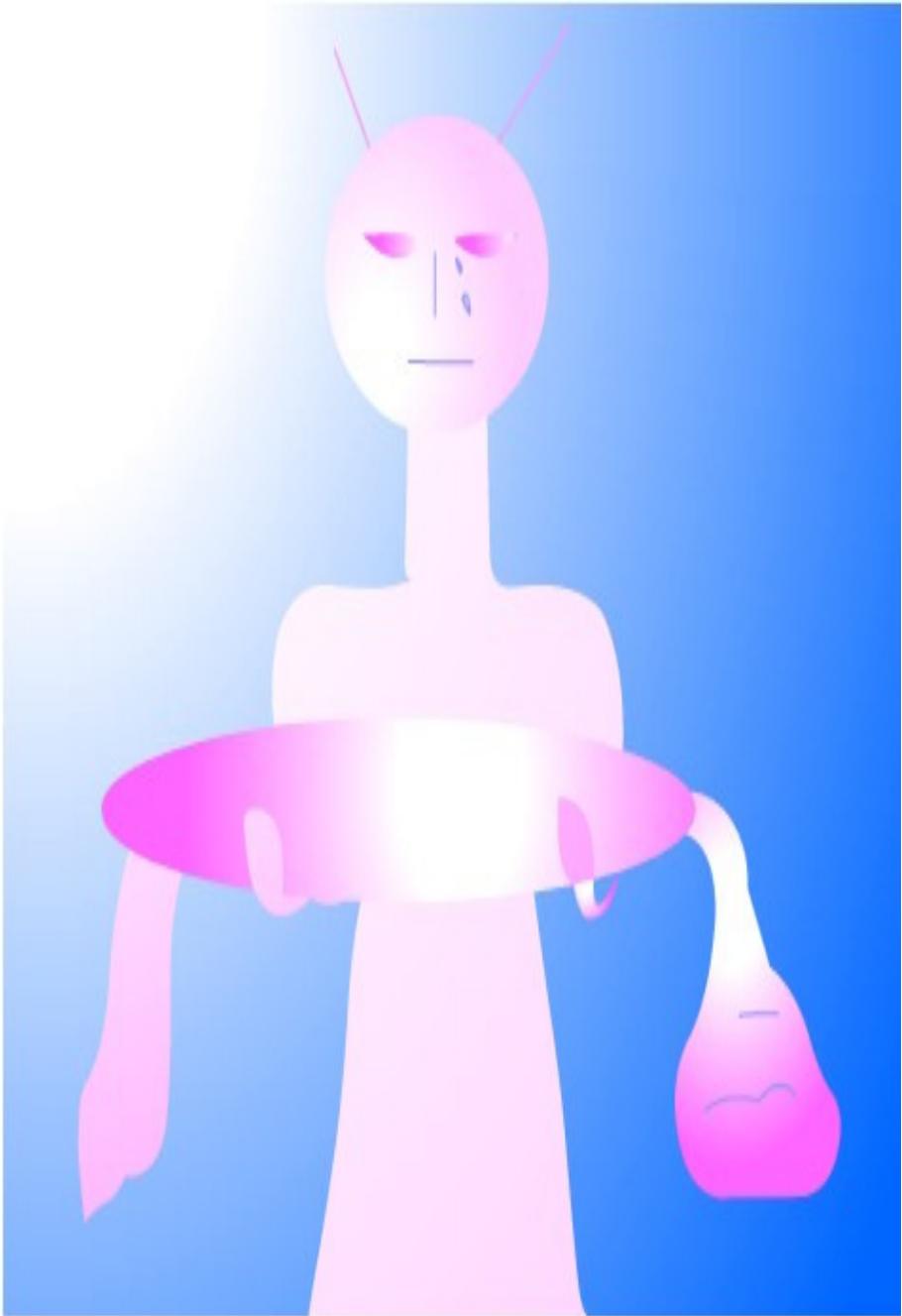
Trabajaban todos los días; casi todas las horas del día; casi todos los minutos de una hora; casi todos los segundos de un minuto. Era realmente agotador. Escasamente tenían asignadas cinco horas para dormir, y media hora para comer, la única vez que lo hacían.

La humedad del lugar enfermaba a los micrótinicos, acostumbrados a sus galerías, por lo general, soleadas y luminosas, y era corriente ver morir a alguno; Sus compañeros se veían en la obligación de tener que sacar al exterior los cuerpos para no infectar, todavía más, las galerías subterráneas.

Tranco estaba débil, Flor de Aire ya había enfermado, y la enfermedad era

inexorable y progresiva, hasta que un día la bella micrótina cayó al suelo. Tranco, que permanecía muy cerca de ella, rápidamente se acercó para ayudarla, ganándose un latigazo por parte de un gigantesco guardián que le dejó fulminado en el acto. El terrible microsauro se alejó riéndose a carcajadas que expresaban una extraña maldad.

Feldo, que lo vio desde lejos, acudió en cuanto pudo, pero ya era tarde. El cuerpo de su amigo yacía sin vida junto a Flor de Aire. Tranco exhaló el último suspiro dirigiendo la mirada a su amiga, quien también permanecía tumbada sobre el frío y húmedo suelo.





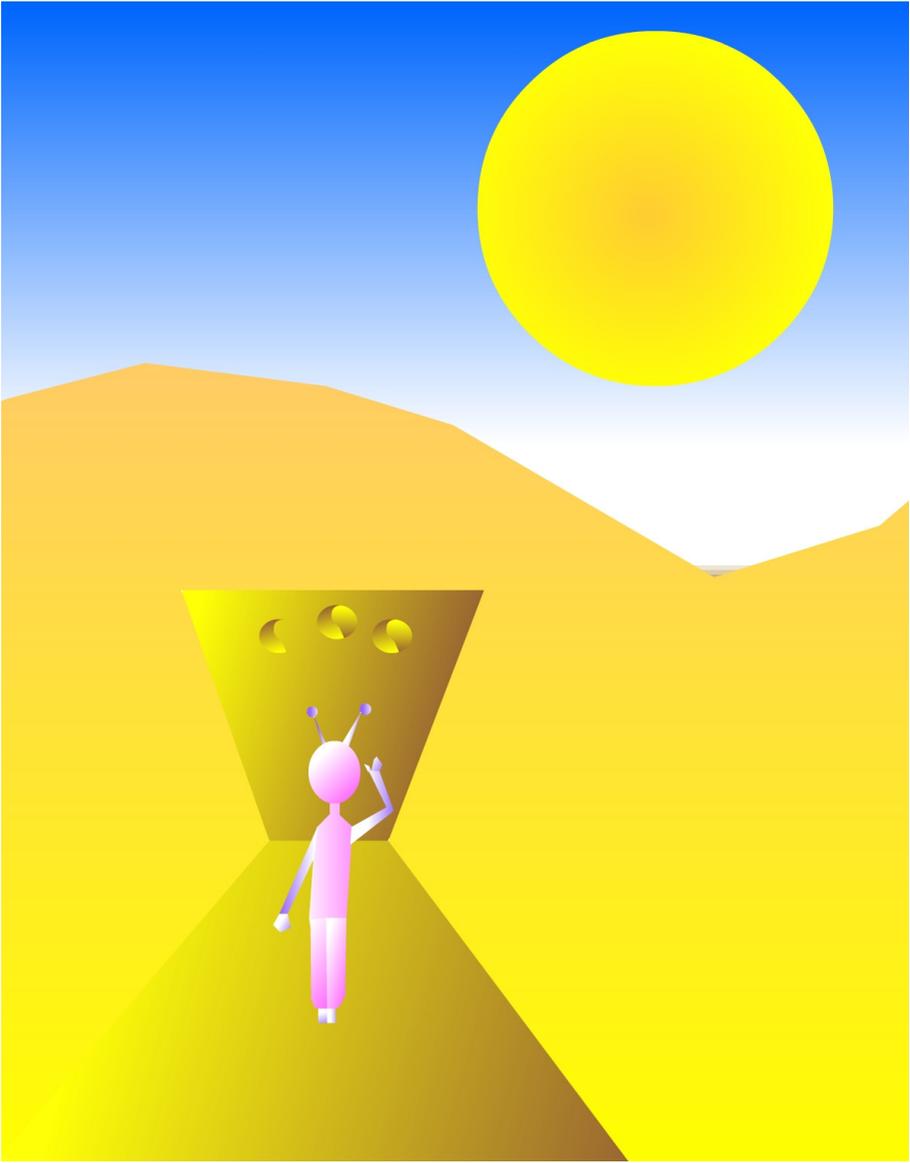
Feldo extrajo como pudo el cuerpo de Tranco, y luego sacó de aquella cárcel a su amada. Llorando, avanzó por el pasillo hacia el exterior. El suave viento del atardecer dispersó el alma a Flor de Aire hasta el lugar donde van todos los micrótinicos después de muertos. Su cara también expresaba amor como la de Tranco.

Feldo, con amargas lágrimas recorriendo su rostro, enterró a sus dos amigos, y rezó, como tal vez lo hacen casi todos los seres del mundo: mirando al cielo y preguntando la causa de tanta pena y aflicción.

Durante una décima de segundo, recordó que hacía mucho, mucho tiempo, él era habitante de otro mundo. Un mundo en el que también había tenido otros amigos.









-¿Qué haces fuera de tu trabajo?-grito uno de los guardianes sacando a Feldo de su extraña visión.

El latigazo, por suerte, no alcanzó a Feldo, y echó a correr.

¡Todo estaba perdido! -pensó.

Deseaba dejarse morir para ir con sus amigos, pero huía instintivamente.

Debilitado, con miedo y dolor, tropezó en una piedra y cayó de bruces contra el suelo. Rodó por una pendiente y quedó tumbado en la parte más honda del montículo.

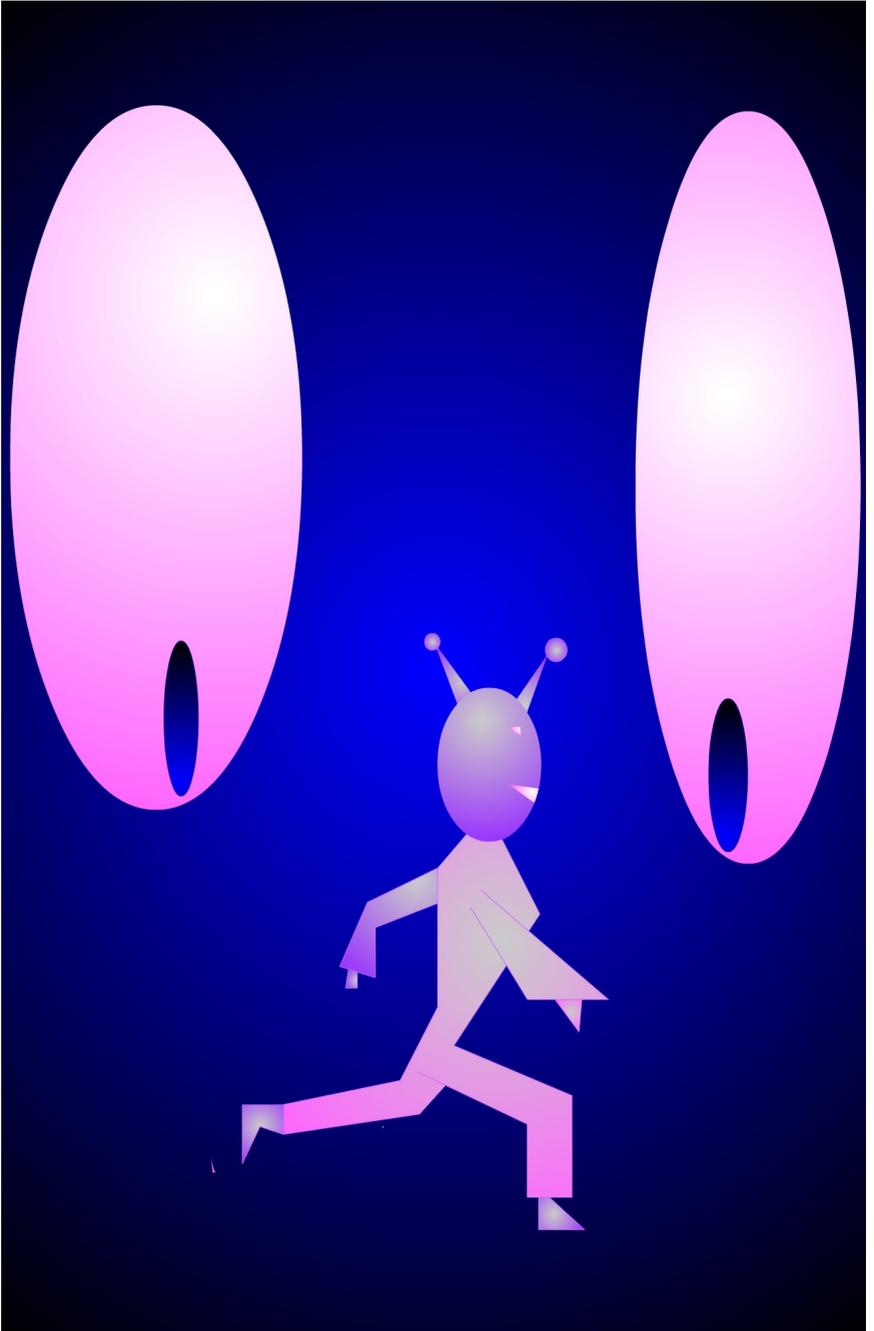
El gigantesco microsauro se acercaba parsimoniosamente. Sonreía imaginando tener al rebelde en su poder. Disfrutaba al pensar que en unos segundos se escucharía el chasquido de su látigo sobre el “desertor”. Feldo deseó,

anheló, suplicó al universo reunirse con Flor de Aire y Tranco.

Los objetos que le rodeaban comenzaron a hacerse enormes. Las piedras chiquitas se hicieron tan grandes como montañas.

Mientras tanto, el suelo temblaba como si hubiese un terremoto. Sentía las pisadas de su perseguidor como si se tratase de terroríficas y estruendosas bombas en un campo de batalla.

El microsauro llegó al lugar. Incrédulo por lo que había visto, inspeccionó el terreno donde hacía escasamente unos segundos estaba tumbado Feldo. Todavía adivinó un punto negro que intentó pisar.





Feldo percibió que una gran pared de color negro se le echaba encima. Cada vez más inmensa y totalmente lisa al principio, devino en una superficie rugosa, que a su vez se transformó en grandes montañas invertidas que parecían caer encima.

Pero, cuando se derrumbaron estrepitosamente sobre su cabeza, imposibles de detener, se convirtieron en agujeros.

Del pie del microsauro sólo quedaba una nube oscura que no dejaba atravesar los rayos del sol.

El microsauro, desorientado, dio media vuelta, lanzó al aire dos o tres palabrotas, y, por supuesto, se juró a sí mismo que se guardaría muy mucho de comentar lo que había ocurrido. Corría el riesgo de que le tildasen de loco.

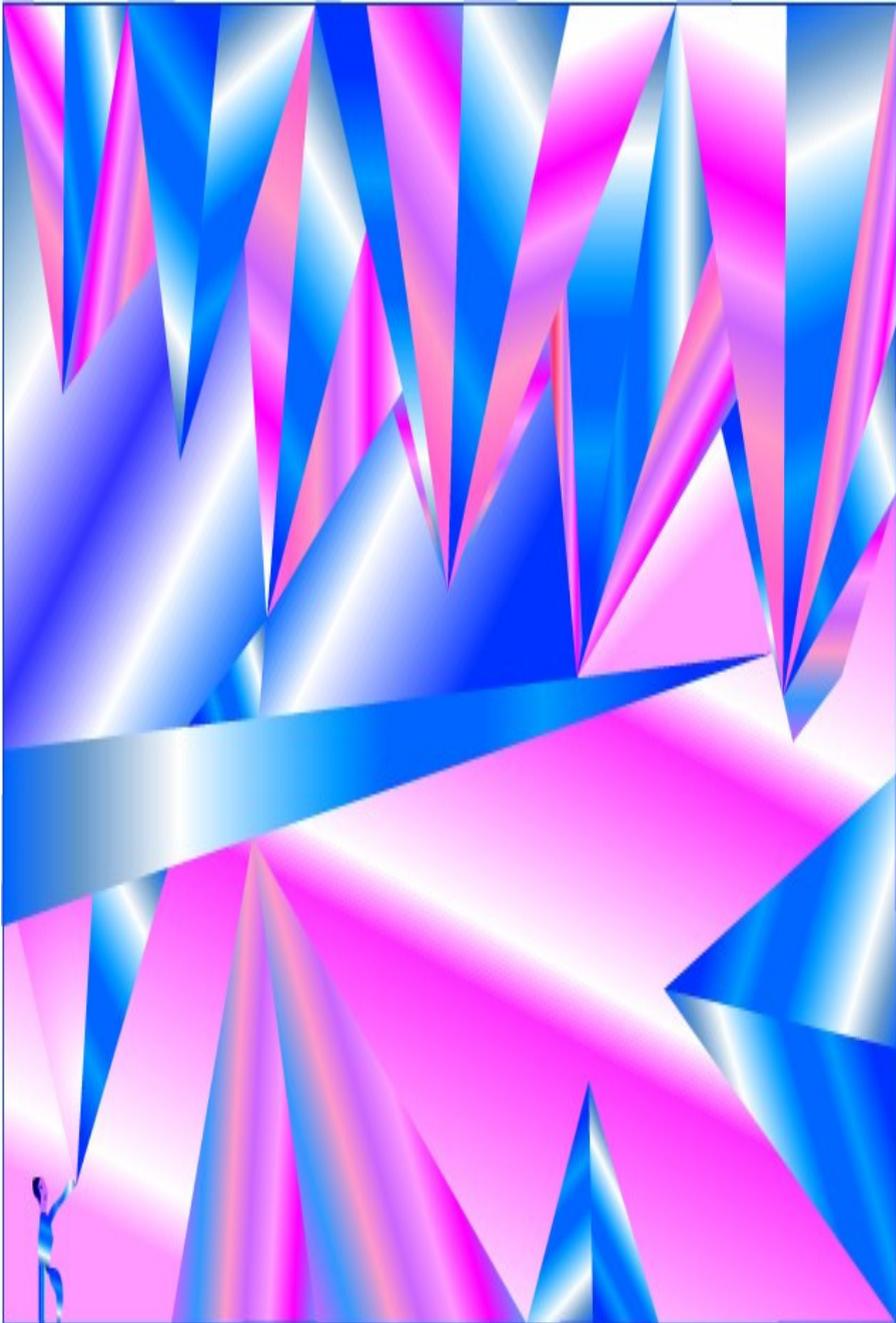
Hubo un segundo en el que en su camino de descenso, Feldo vio millares de seres, todos en movimiento y excitados. Tal vez había atravesado algún submundo intermedio.

Aún disminuyó su tamaño más y más hasta detenerse y quedarse anonadado por el espectáculo.

## II

**E**l cielo estaba salpicado de miles de rayos de luz multicolor. Haces de colores que se desplazaban de un extremo a otro de la inmensa bóveda, entrecruzándose y dibujando múltiples filigranas. Extendiéndose por una inmensa llanura, hasta donde se perdía la vista, se podían contar miles, millones, tal vez, de formas poliédricas cristalinas.







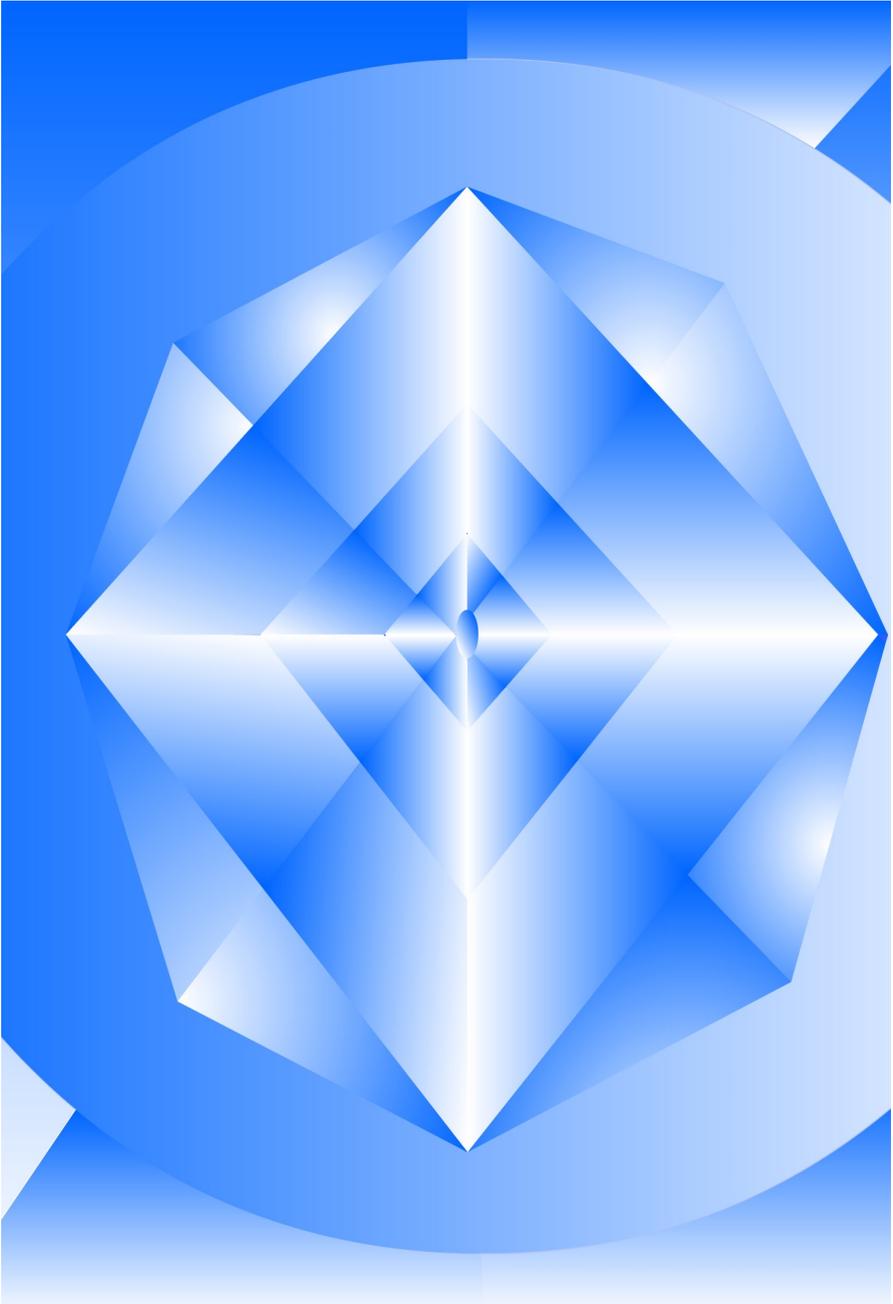
Se miró, se palpó y observó, con gran sorpresa, cómo él mismo estaba hecho de cristal azul transparente, y proyectaba una sombra del mismo color.

Había lugares, según escrutaba, donde los colores eran más apagados, incluso negros. En otros rincones, los tonos eran más claros, llegando a ser refulgentes e incandescentes, hasta tal punto que apenas podían observarse durante un tiempo muy prolongado. Ciertos colores eran opacos, y no dejaban pasar a través de ellos los hermosos rayos que inundaban el espacio.

Feldo había olvidado el dolor por la pérdida de sus amigos Flor de Aire y Tranco. Su vida anterior no existía; quedaba atrás como una nebulosa pesadilla que a la mañana siguiente hubiese generado una sensación abstracta y desagradable que no había conseguido quitársela de encima.

Era muy curioso su estado actual, pues si bien estaba anclado en el suelo, no por ello se sentía apesado. Parecía estar sumergido bajo un ritmo de vida distinto, con la ventaja de que se sentía parte del todo.

Los diversos rayos que viajaban por el lugar, a veces le atravesaban y si por un lado de su cuerpo le entraba uno de color azul, al salir se transmutaba en un tono más oscuro. Si la tonalidad era verde, se tornaba en verde oscura.





Y si la misma línea de luz que salía de su cuerpo cristalino llegaba por casualidad a un cristal transparente, el rayo enviado resurgía con extraordinario resplandor.

Aquel mundo era un maremágnum de líneas coloreadas y vivas. Además, cada rayo que atravesaba su cuerpo cristalino, le hacía sentir algo.

Después de varios días, comprendió que no necesitaba moverse para comunicarse con el exterior. Hasta le parecía una manía tonta el querer cambiarse de sitio. No sabía de dónde había heredado aquella extraña costumbre. Formulaba un pensamiento e instantáneamente viajaba hacia otra parte en forma de haz luminoso. De esta manera, inició un diálogo con los cristales más cercanos. Observó un cristal de color verde, como el verde de los álamos cuando de ellos brotan las primeras hojas.

-¿Dónde estoy?-le preguntó a la vez que surgía de su frente un delgado hilo de luz en dirección al cristal verde, y éste, con un delicado reguero de color verde, contestó con gran sorpresa:

-¡Pues estas aquí!

-¡Ah claro! -contestó desorientado.

-No te había visto antes-continuó comunicando el cristal verde-. Claro que somos tantos y tantos. También ocurre que a veces se sueña y no se sabe dónde estás en cierto momento.





ESMERALDA



Tal vez te ha ocurrido a tí algo parecido. Además, puede sucederte lo que a los mayores, que se desplazan de una estructura a otra y cambian de residencia. Puede ser que te haya sucedido a ti, y no te hayas dado cuenta todavía.

-Pero... ¿De dónde vengo?

-Eso lo debes de contestar tú. Como te he comentado antes, tal vez has nacido hace poco y por eso no lo recuerdas.

-Ya-contestó sin entender lo que le estaba sucediendo.

- ¡Ah! yo me llamo Esmeralda, ¿cómo te llamas tú?

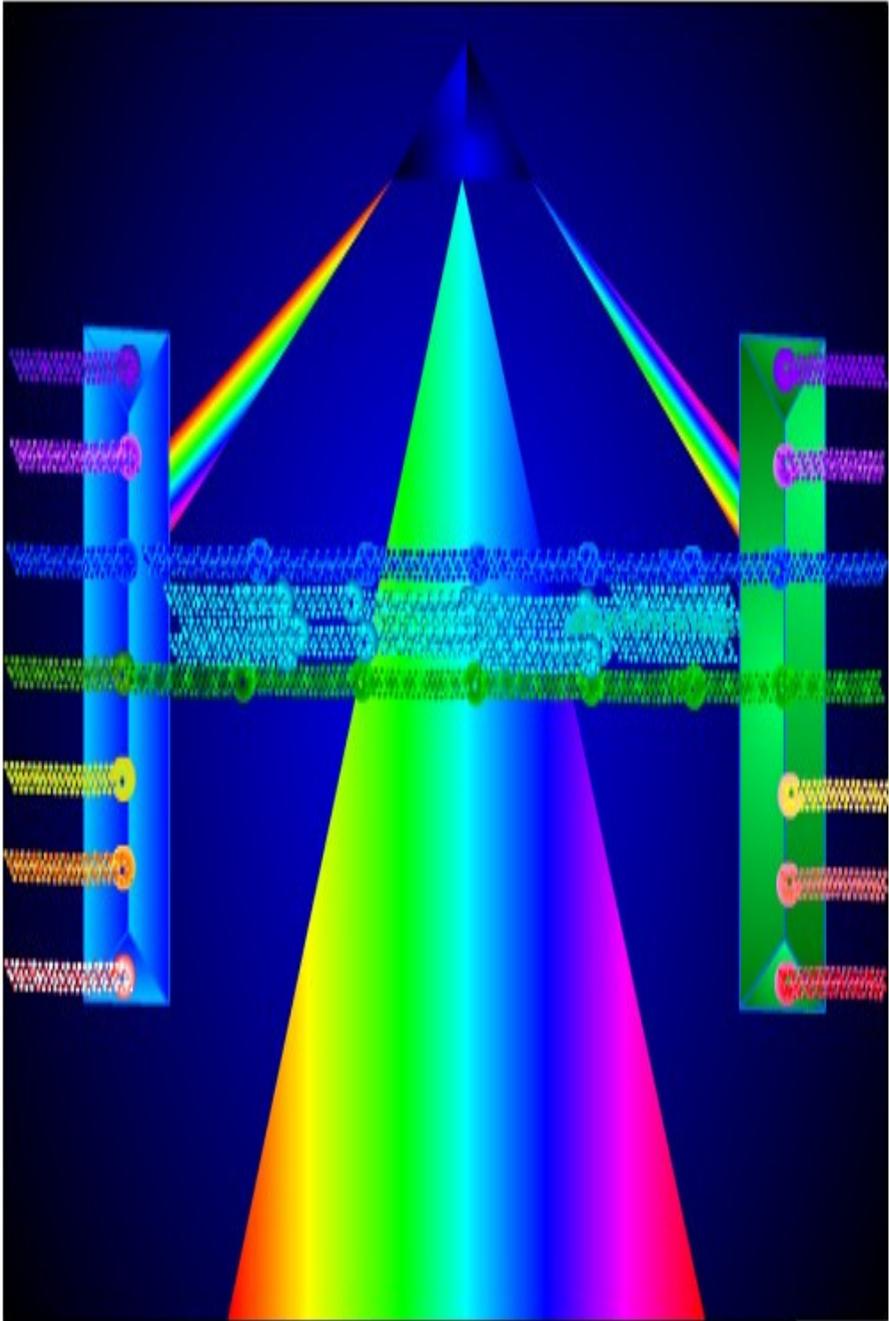
-Yo...yo... me llamo...-Feldo dudó unos segundos. No recordaba su antiguo nombre, y por fin consiguió decir-Azul-.

-Es bonito tu nombre-contestó Esmeralda a la vez que emitía un maravilloso haz de luz verde transparente. Esmeralda se había sentido magnéticamente atraída por Azul.

Aunque nuestro amigo no lo recordaba, en el mundo de los micrótinis, incluso en su verdadero hogar, la Tierra, los sentimientos no se comunicaban de una forma tan transparente como en el mundo de los microcristales.

Aquí no había posibilidad de enmascarar un sentimiento. Cada cristal sabía a quién tenía delante, y qué era lo que sentía.

Azul supo con extraordinaria certeza y exactitud que Esmeralda le apreciaba enormemente. A él le sucedía lo mismo. Sentía por Esmeralda un profundo sentimiento de amor, que no sabía por qué surgía.





-Es... como si nos conociésemos de toda la vida-contestó por fin Azul.

En realidad, su amistad era más antigua que ellos mismos, pues provenía de otras vidas.

Vidas que vivían y morían en el interior de la mente de Pedro, como si fuesen recuerdos, aunque los protagonistas no lo sabían. No podían saber que ellos mismos eran parte de la memoria de un ser humano.

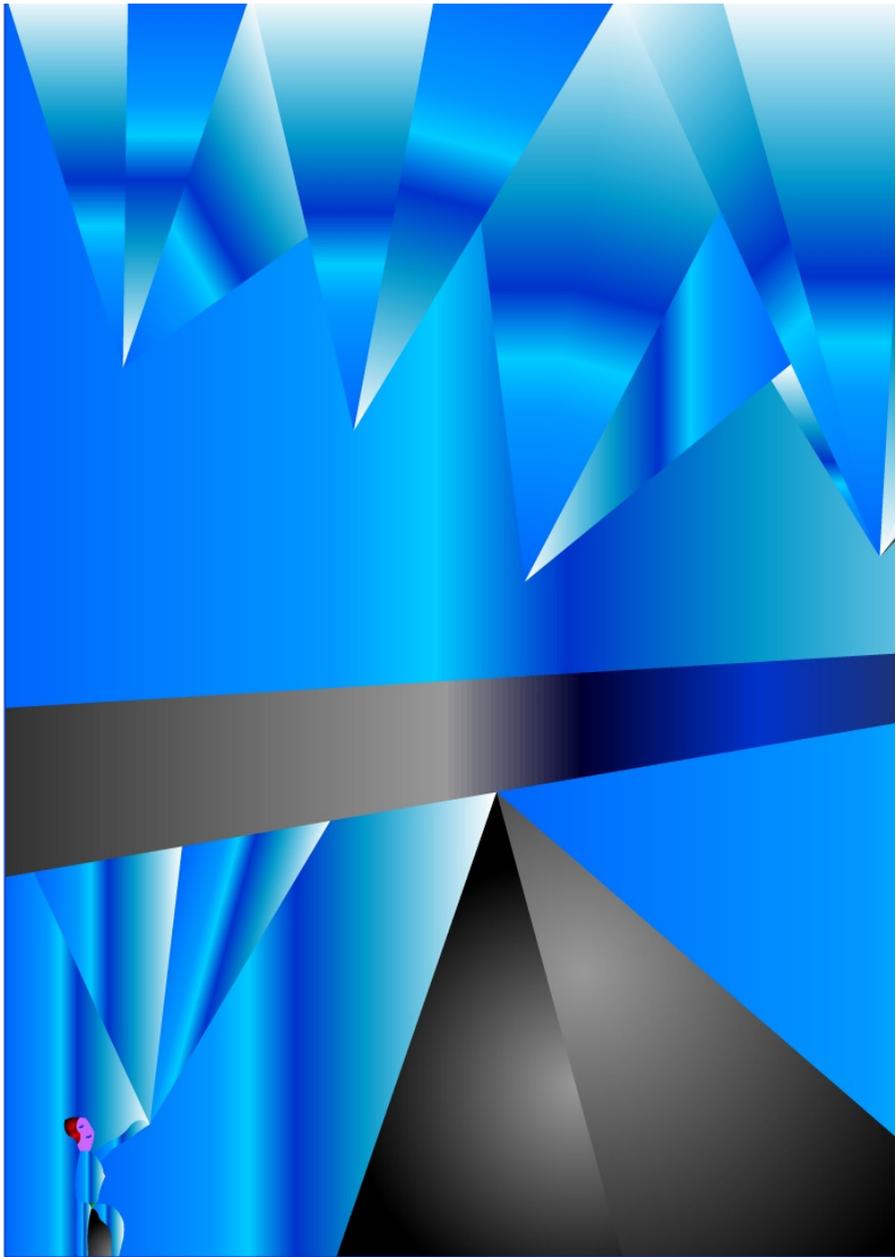
Y esa herencia desconocida unió sus colores azul y verde, formando multitud de chispas que parecían danzar alegremente. La belleza de aquellos rayos, precisamente, estribaba en su composición de partículas brillantes e incandescentes, que al final, todas juntas constituían los diversos rayos que atravesaban los millones y millones de cristales de aquel extraordinario mundo. Durante horas y horas Azul observó los innumerables colores, que ahora se iban apagando.

No es que se hiciese de noche, pues no le había dado tiempo a tal acontecimiento. Si un cristal nacía de noche, moría de noche, siendo las noches equivalentes a cien años humanos. Expresado de otra forma, la edad de un cristal de cien años equivalía a un solo día humano. Y en ese momento todavía restaban cincuenta años para hacerse de noche.

Nuestro amigo observó detenidamente los cristales negros. Apenas emitían haces de luz, y sin embargo recibían muchos que no tenían respuesta. Parecían ser la causa principal de la ausencia de luz y esplendor.

Los cristales blancos, por el contrario, podían recibir un haz de luz de un tono medianamente claro, y no solamente se limitaban a devolver ese mismo rayo un poco más limpio, sino que multiplicaban el brillo por diez.







Y lo que le extrañaba todavía más: los cristales de color blanco no menguaban en su fulgor, sino que por el contrario, cuanta más luz reflejaban, más aumentaba su propia luminosidad. También sucedía que los cristales que recibían un rayo blanco se tornaban más vibrantes y llenos de vida.

Le llamó la atención la extraña capacidad de creación de formas poliédricas que poseía un cristal dorado. Construía multitud de figuras geométricas: tetraedros, cubos o hexaedros, octaedros, dodecaedros, incluso algún bello icosaedro regular, compuesto por veinte triángulos equiláteros.

Parecía ser el único capaz de construir tales maravillas. Tanto le impresionó, que envió su pensamiento de admiración hacia el cristal dorado.

-¡Cuánta belleza!- exclamó Azul.

-Bienvenido al mundo de los creadores-le respondió aquel ser de inmarcesible belleza y sabia bondad.

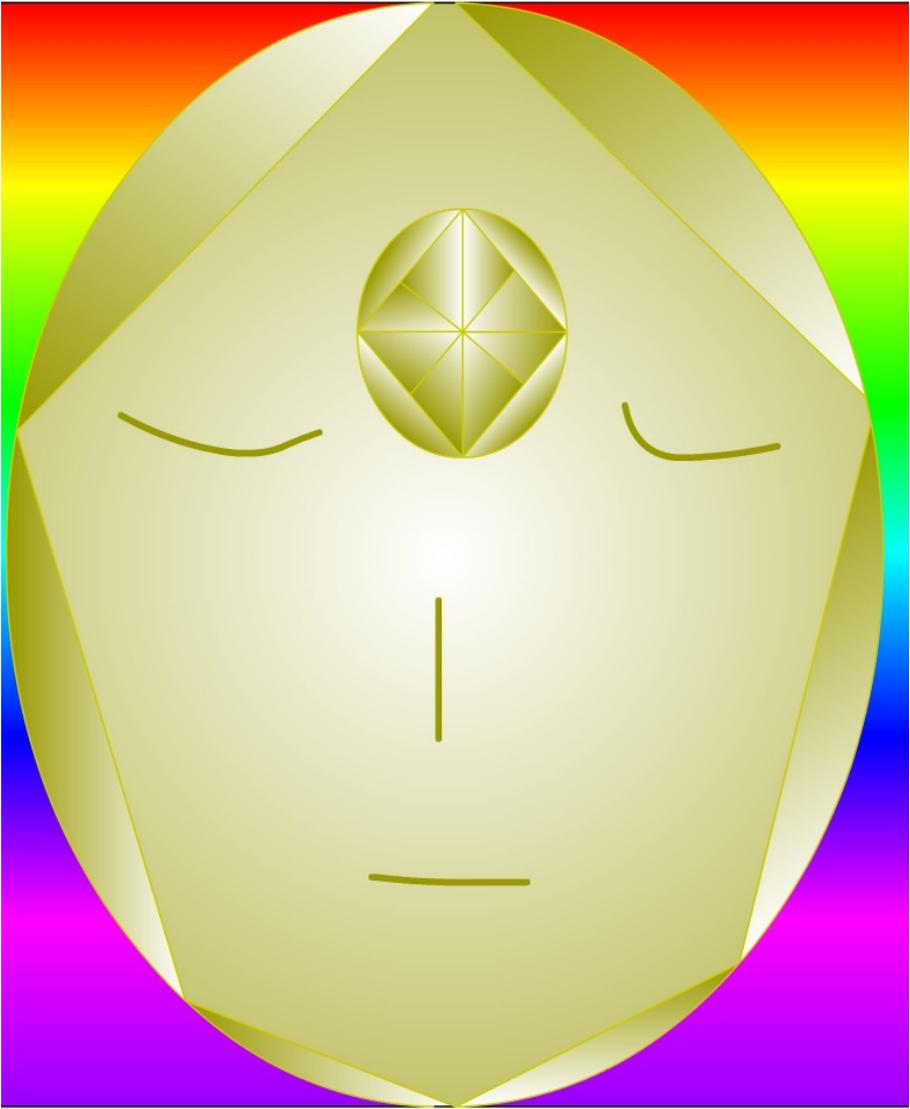
-¿Quién eres?-le preguntó Azul.

-Me llaman Dorado, pero me gusta más llamarme a mí mismo “*Yo soy ese yo soy*”.

-¿Qué significa?-preguntó Azul con sencilla y sana curiosidad.

- Doy parte de mi vida a los poliedros que surgen de mi frente.

-Entiendo. Es como si yo les diese vida a mis juguetes-respondió Azul, sin comprender él mismo qué es lo que había dicho.





-Así es, Azul.

-Creo que no sé qué he dicho-respondió Azul, pues en verdad no se acordaba de la época en que era un humano.

-No te preocupes. Entiendo que tengas en tu mente tesoros que ni tú mismo sabes que posees.

-Entonces... ¿Tú nos das la vida a todos los cristales?

-Solamente parte. No soy nada más que un creador de tercera categoría.

-¿Es por los rayos de luz?-preguntó Azul.

-Sí. Algo parecido. Dejo en cada poliedro un rayo de luz que surge de mi mente.

-¿Y los otros creadores?

-¿Te refieres a los que son superiores?

-Sí, eso.

-Este mundo recibe la luz de uno de los grandes creadores. Los más sabios entre nosotros le llaman Sol. De él surgen los siete rayos de luz o colores del arco iris.

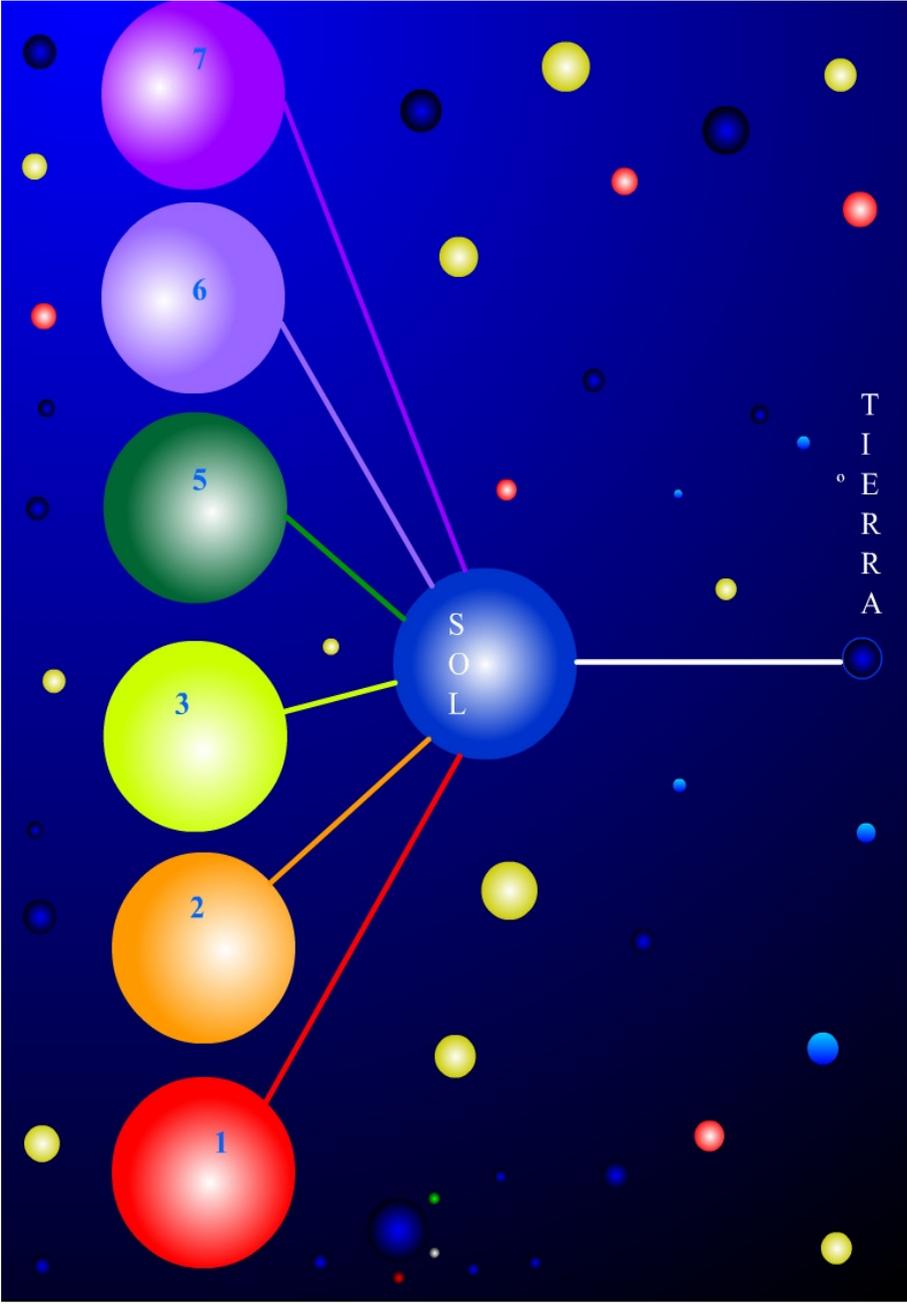
-¿Y dónde está el Sol?

-Nosotros apenas somos capaces de verlo, pues hay una pantalla, en ocasiones azul, que algunos llaman Tierra y que también divide la luz original en múltiples colores.

-¿El Sol... es pues el Creador?-preguntó Azul, a quien parecían surgirle las preguntas de algún lugar desconocido.

-Los más sabios de entre nosotros dicen que escucharon que alguien dijo, que los verdaderos Creadores de nuestro mundo son los Siete Soles, que ciertamente rigen los siete colores del arco-iris.







-Creo que me he perdido-se disculpó Azul.

-Preguntas cuestiones muy difíciles, y es normal que apenas entiendas. Ni siquiera nosotros, los creadores de poliedros comprendemos millones de cosas.

-Gracias, Señor.

El creador de poliedros sonrió. Supo que el incipiente cristal sería un día un extraordinario creador de poliedros. Aunque le quedaban algunas dificultades que superar, antes de llegar a ser un gran mago creador.

Azul se sentía estupendamente, vivo, alegre, feliz. Como si antes ya le hubiese ocurrido. ¡Tal vez había sido un sueño!

Idénticamente le ocurría a Esmeralda.

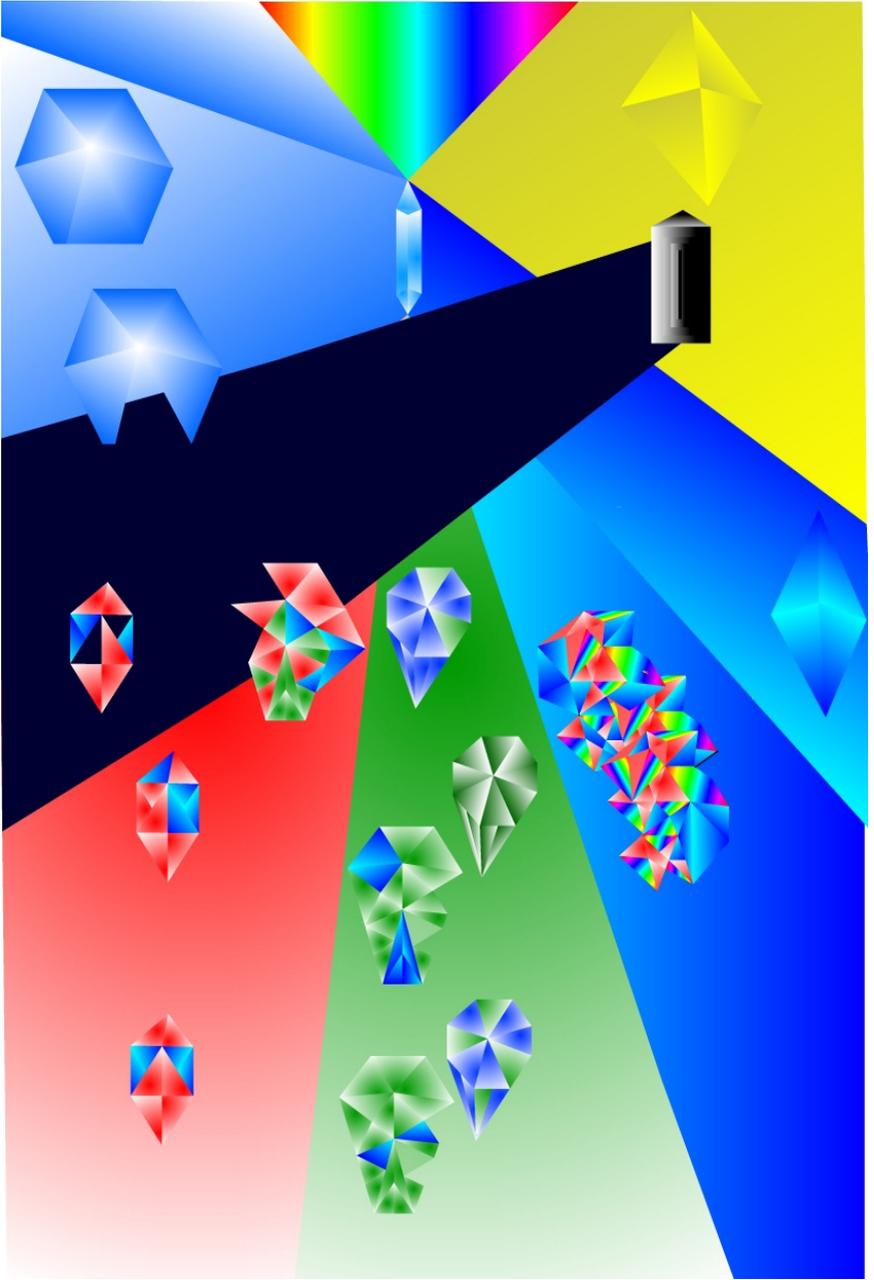
Durante varios días continuaron dibujando en el espacio, casi sin hablar, pues les parecía que se conocían de toda la vida.

Un día ocurrió algo muy extraño; habían conseguido formar un tetraedro de cuatro colores distintos, casi perfecto, y en aquel instante de máxima belleza y esplendor, un rayo de luz blanquísima llegó hasta ellos infundiéndoles más vida y amor. Pero, sólo duró una milésima de segundo. El mismo tiempo que tardó en penetrar un rayo de color negro que se introdujo en el corazón de Esmeralda. Oscuro como la noche más cerrada imaginable, sin estrellas ni luna. Se apagó la alegría, y la belleza se esfumó. Cada uno de los amigos se recogió en sí mismo.

Azul estaba triste, pero no se resignaba a perderlo todo de nuevo

- ¿Por qué decía de nuevo?-se interrogó a sí mismo-. Era la primera vez que conocía a Esmeralda...

¿Tendría razón el sabio Dorado cuando afirmó que había en su mente tesoros que ni siquiera él mismo sabía que existían?





Bien. Fuera lo que fuese pensó que el modo de salvar a Esmeralda lo debería saber el Creador de poliedros, Dorado.

-¿Cómo puedo ayudar a Esmeralda?- preguntó Azul al sabio Dorado.

-Eres valiente Azul al intentar ayudar a Esmeralda, pero los cristales negros son extraordinariamente poderosos.

-Entonces... ¿No puedo hacer nada?- siguió preguntando Azul.

-Tal vez exista una manera de salvar a Esmeralda-respondió un tanto pensativo el sabio-. Yo te daré la fuerza, pero tú, y solamente tú, deberás absorber el color negro que rodea a Esmeralda, y que oculta en su corazón a un ser tan sagrado como es la bella piedra verde.

-De acuerdo. Lo haré-respondió Azul de forma espontánea y valiente.

-Tienes que tener tanto amor que aunque te inunde el color negro, puedas permanecer firme y sereno dentro del sagrado templo tu corazón.

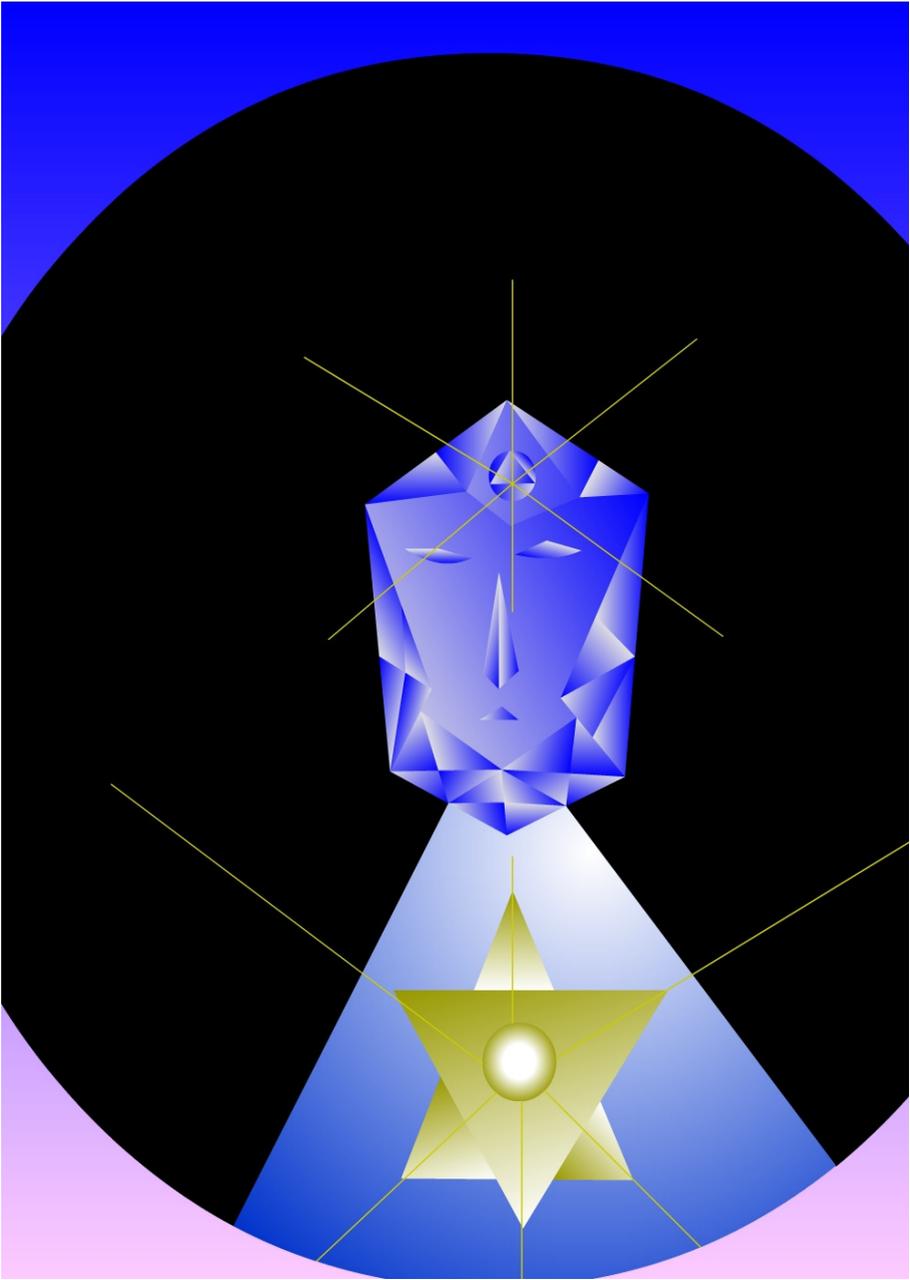
-Lo tengo-respondió Azul.

-Ahora bien-continuó el sabio-, es tal la fuerza que se desarrollará en tu interior que pasarás a otra vida distinta, en la que no estará Esmeralda.

-Si ella recupera su color, a mí no me preocupa lo que pueda ocurrirme.

-Entonces... ¡Que así sea!-determinó el sabio Dorado.







En aquel mismo instante, Azul recibió un rayo de luz dorada que se introdujo en su corazón. A la vez, él lanzó un rayo de luz azul hasta Esmeralda. Rápido como una centella, el color negro de Esmeralda, abandonó el cuerpo de la joven e inundó a Azul.

Esmeralda quedó limpia, pero Azul se transformó en un cristal de color negro. La tristeza más terrible llenó su corazón.

El deseo de hacer daño, el deseo de poseer y el deseo de ser servido se despertaron en su interior hasta tal punto que le indujeron a desear que todo aquello que le rodeaba sufriese como él mismo sufría. Todos los seres de la creación debían padecer, incluso su amiga Esmeralda...

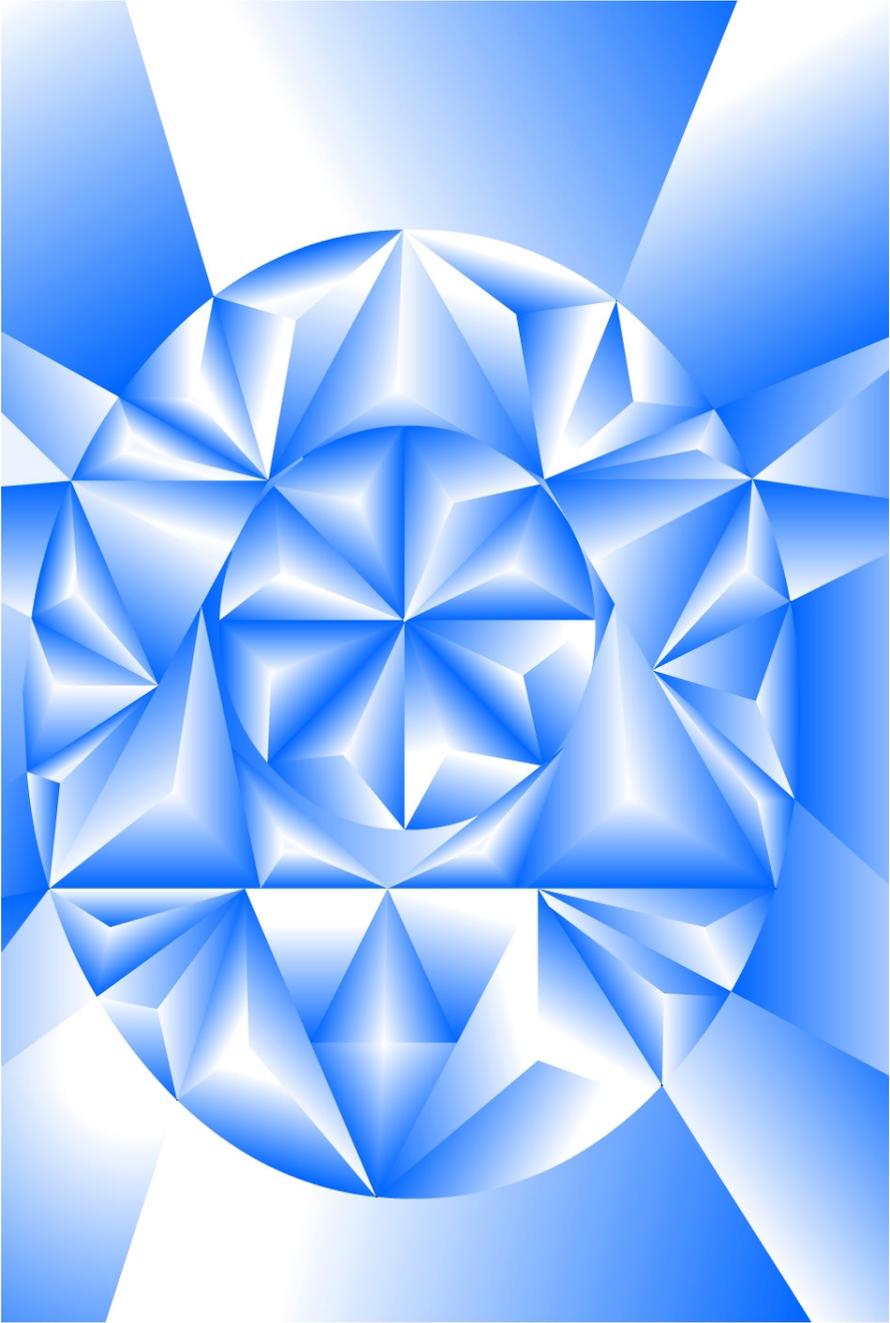
Pero... un extraño y lejano recuerdo se hizo paso a través de la oscura cueva que era su mente. El dolor que ahora sentía había sido causado por su libre decisión de amar. Y este recuerdo producía alegría.

Una voz resonaba en su interior gritando: amor... amor... y otra mil veces más poderosa vociferaba: odio... rencor... venganza...

Algo dentro de él le decía: Mírate, ¿de qué te ha servido ayudar a los demás? Obsérvate. Vives en la más completa oscuridad, y ella tan feliz. Si no hubieses amado, ahora serías libre. A esto es a lo que lleva el servicio y el amor: al sufrimiento.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! –continuaba la voz- Eres estúpido y patético. Deberías haber utilizado la inteligencia para ti mismo, para tu propia comodidad. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Azul se encontraba postergado, humillado, derrotado. Sentía el odio como un abismo de autodestrucción. Por su estructura cristalina corría el mal. Descendió y descendió hasta la oscuridad más negra y viscosa jamás conocida...





Pero en lo más profundo de sí mismo había, bien custodiado, un diamante azul; era un punto en su conciencia, un espacio sagrado donde residía su ser, su identidad más querida y amada .

El recuerdo de la alegría del canto conjunto de los creadores de poliedros. El recuerdo de comprenderse débil, pero también el recuerdo del amor que el cristal dorado había otorgado a ambos.

Capturó el punto de luz que estaba totalmente enterrado en la oscura caverna de su mente, e instantáneamente la oscuridad de su interior comenzó a comportarse y hablar de otra manera:

-¿Crees que tengo salvación?

-Sí, la tienes-contestó Azul.

-¿De verdad?-preguntó la oscuridad.

-¡De verdad!

La oscuridad se esfumó en un punto en el espacio. Azul se transmutó en un resplandeciente cristal traslúcido, refulgió iluminando el horizonte, y desapareció.

Esmeralda contempló tan maravilloso espectáculo con lágrimas en los ojos. Sentía alegría, y, a la vez, un poquito de tristeza. Azul se había difuminado cual vaporosa y liviana nube en el inmenso cielo, tras una inusitada explosión de luz y color.

Se había elevado a otra dimensión.

Azul observó cómo todas los objetos que había a su alrededor se hacían más y más grandes. Llegaban a ser tan enormes que aparecían extraordinarios huecos en la materia. Cada vez más pronunciados. Observó en el cielo cómo todo se partía en mil pedazos.







Velozmente, la piedra donde creía estar devino en algo gigantesco, y todo lo demás se alejó a la velocidad de la luz. El sitio donde reposaba se hizo infinitamente grande, tanto que todavía se coló por uno de los agujeros y se encontró flotando en el oscuro espacio.

Muy lejos de allí, divisó un punto azul que le atraía sobremanera. Se dirigió hacia él.

Al principio era una esfera pequeñita.

Pero cada vez le atraía con mayor fuerza, y cuanto más se acercaba más reconocía aquel sitio.

Los relieves que se adivinaban en la esfera le parecían muy familiares, aunque no era capaz de tomar conciencia completa.







Pedro... Feldo... Flor de Aire...  
Tranco... Azul... Dorado... Esmeralda...

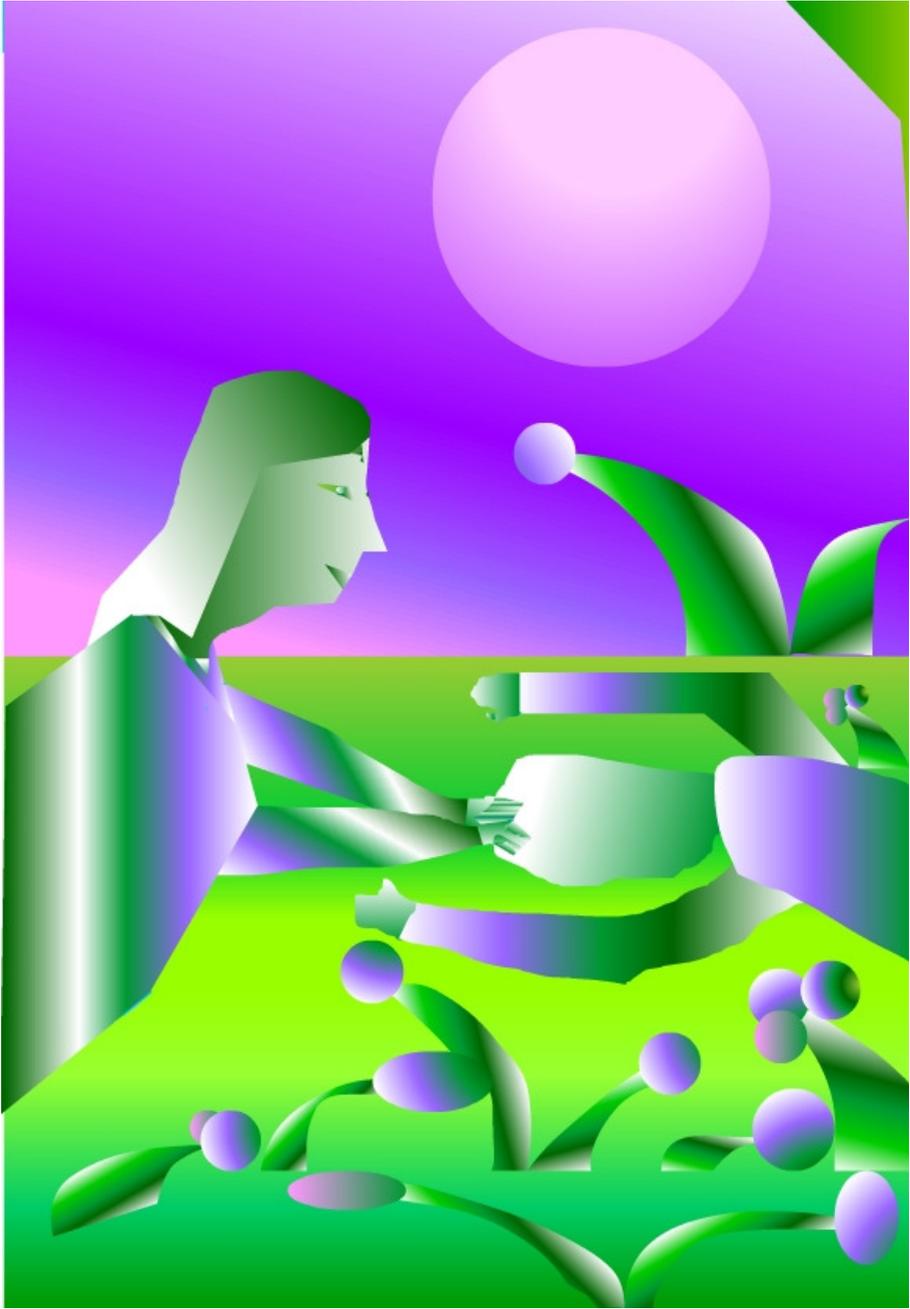
La cabeza le daba vueltas mientras continuaba cayendo a enorme velocidad hacia algún pequeño rincón de una inmensa selva.

En realidad, la conciencia de nuestro amigo Pedro, el niño que vivía en las altas montañas, se sumía en los recuerdos y fantasías de su propia mente. Pero... él no lo sabía.

Para él, todo era completamente real, como si estuviese sumergido en un maravilloso y a la vez pavoroso sueño del que no podía despertar.









### III

-¿Qué te pasa, Sprulx?-eran las palabras que el joven escuchaba como si las hubiesen dicho en la lejanía.

El pequeño levantó los ojos, y lo primero que vio fue la cara bondadosa de una bella mujer de color esmeralda que le miraba y posaba las suaves manos sobre su cabeza.

-¡Qué susto nos has dado a papá y a mí!

Pedro... Feldo...Azul...Sprulx...

Eran palabras sin sentido que resonaban en la cabeza del joven.

Mientras la mujer le ayudaba a levantarse, acudió un hombre también de color verde esmeralda. Ambos llevaron al muchacho hasta una enorme mecedora de madera y le sentaron.

El joven no sabía qué decir. Observó atónito aquellas dos figuras y se quedó

dormido. Cuando despertó de nuevo, se palpó y se dijo a sí mismo con pleno convencimiento.

-¡Vaya caída que has tenido desde la rama del árbol, Sprulx!

Se levantó de la mecedora, se acercó a la cocina donde estaban sus padres, y mientras comían les dijo sin previo aviso:

-Papás. Tengo que iniciar la ascensión al Gran Árbol. Sus padres le miraron con la enorme sorpresa de verle como si no hubiese pasado nada, y le abrazaron. No tuvieron en cuenta en ese preciso instante lo que su hijo les acababa de proponer.

-De acuerdo-le contestó su padre-. Dentro de unos días iremos a hablar con el maestro Kung.





Los días fueron pasando, y los padres de Sprulx parecían haberse olvidado de dar cumplimiento a su petición. Tuvo que insistir tres veces hasta que por fin consiguió su más profundo anhelo.

¿Qué deseáis?-preguntó el maestro Kung.

-Maestro. Nuestro hijo Sprulx, a pesar de tener sólo dieciséis años, desea iniciar la ascensión del Gran Árbol.

-Acércate-sugirió el maestro al joven.

Sprulx se aproximó y permaneció de pie, con la cabeza inclinada a unos metros del maestro Kung.

-¿Por qué quieres iniciar una aventura tan difícil?

-No sé. Siento que el Gran Árbol me atrae como un potente imán.

-Muchos jóvenes sienten lo mismo.

-Sí, maestro.

-¿Entonces? ¿Te sientes alguien especial?

-Sí.

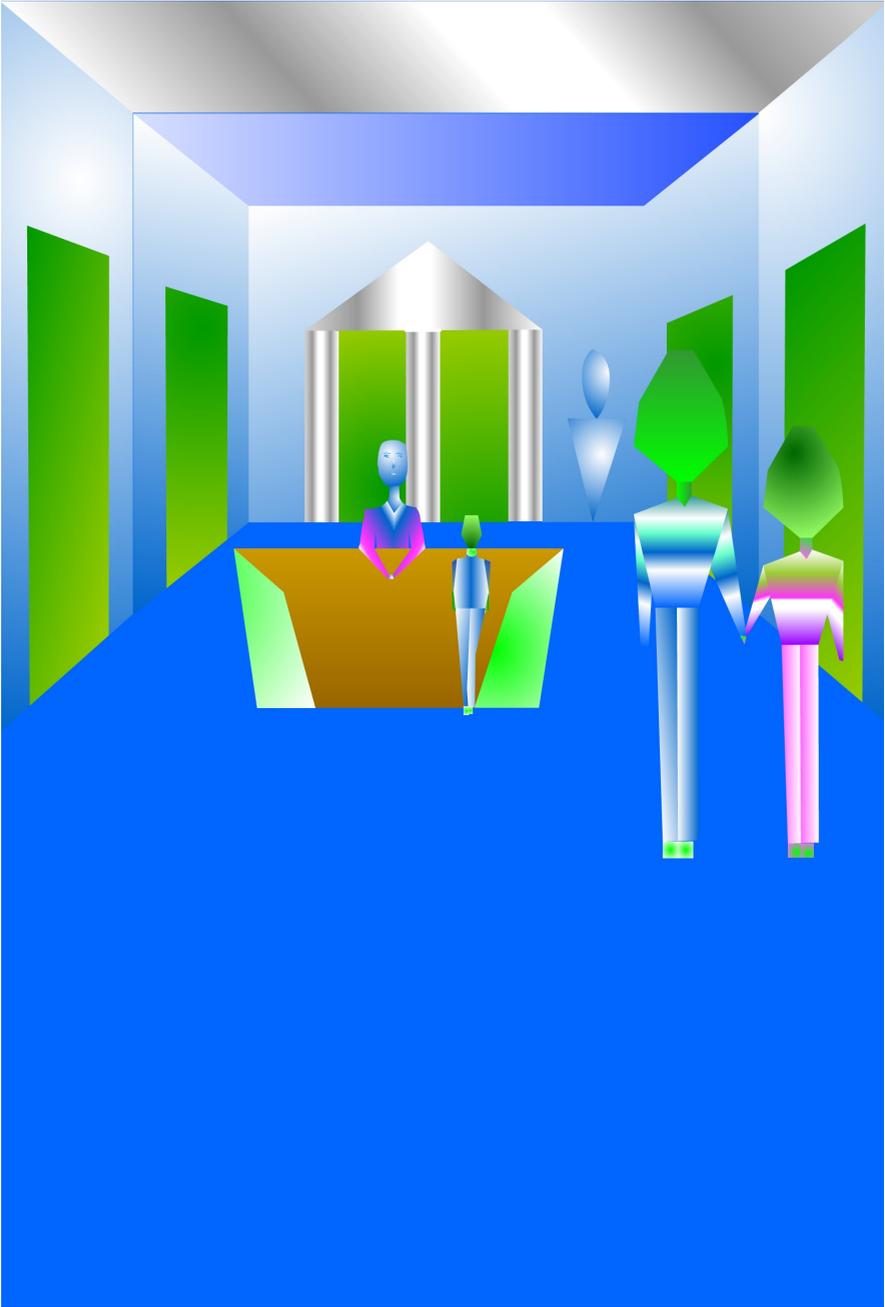
-¿Y no crees que tal vez eres excesivamente orgulloso al creerte elegido?

-Maestro. Creo que el Gran Árbol llama a todos por igual.

-Mírame a los ojos y dime, Sprulx.

El joven miró tímidamente a la cara del maestro Kung.







-¿Qué significado tiene la ascensión al Gran Árbol?

-Maestro, creo que la ascensión al Gran Árbol es el camino a la Vida. Es el sendero de luz que surge del Árbol del Arco Iris.

Los ojos de Sprulx brillaron con tal intensidad que el maestro Kung no tuvo la menor duda.

-De acuerdo. Ya puedes salir. Tus padres se quedarán un momento.

Sprulx retrocedió unos pasos y salió cerrando la puerta.

-¿No han observado algo extraño en su hijo?-preguntó el maestro Kung.

-Siempre ha sido un joven muy cariñoso y servicial-contestó el padre.

-Ya. Me refiero a algo especial.

-Hace unos días-respondió la madre-, estaba subido a un árbol en el que construyó una cabaña de madera. Escuchamos un grito. Sprulx se había caído...

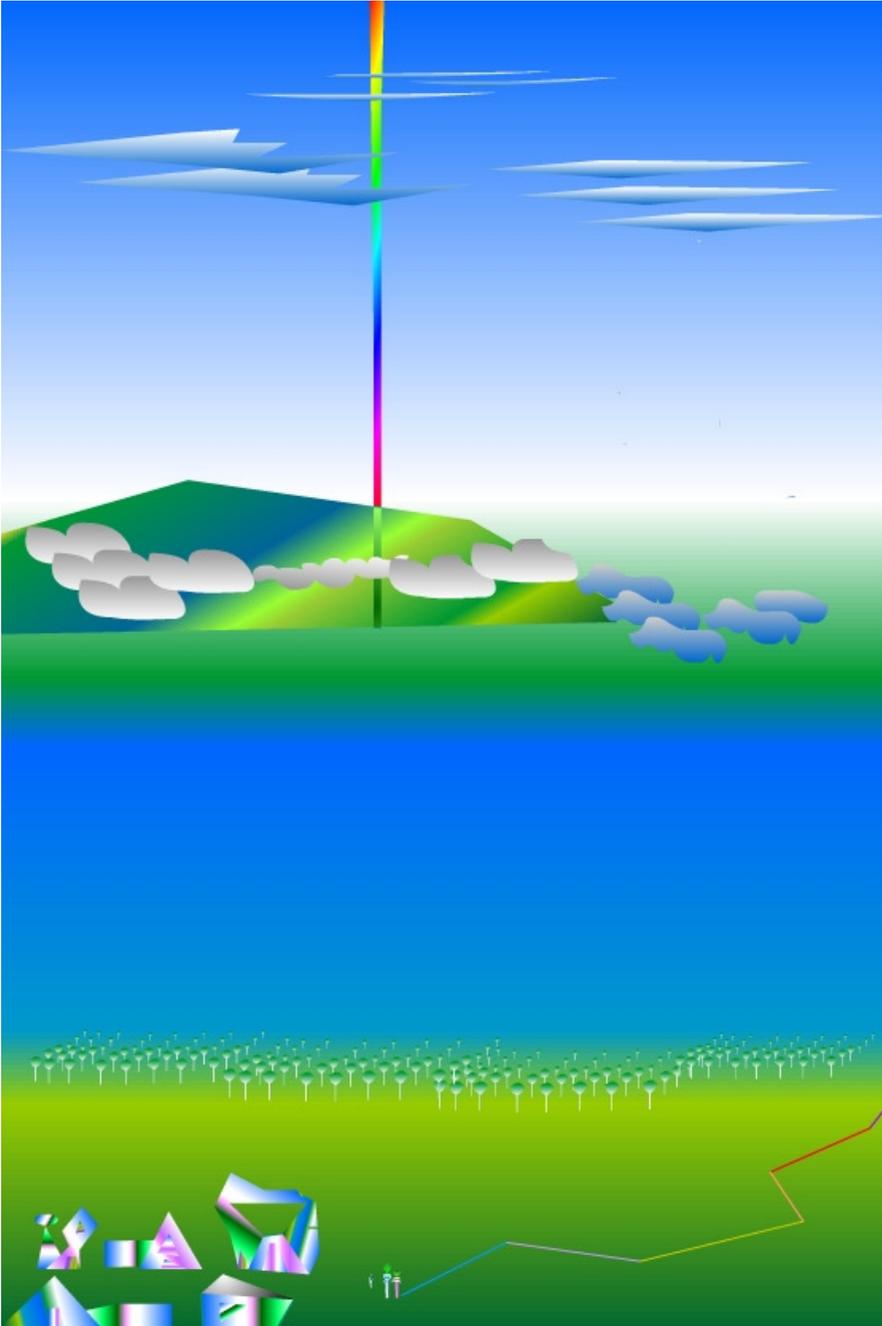
-¿Sí?-preguntó con interés el sabio Kung.

-Permaneció inconsciente durante un minuto-dijo la madre. Se me hizo eterno. Por fin, despertó. Parecía que no entendía dónde se encontraba. Supuse que era consecuencia del golpe en la cabeza. Me miró. Tenía un extraño fulgor en los ojos. Sin duda, era nuestro hijo. Aunque... yo no sabía que sus ojos pareciesen de fuego.

-Exacto-se expresó el maestro Kung con rotundidad-. A ese brillo me refiero.

-¿Y qué puede significar, maestro?

-Probablemente, debido al golpe, su espíritu ha resurgido a la luz. O tal vez se cayó porque sintió una poderosa descarga eléctrica. Como una especie de rayo.





-Dentro de seis meses-continuó el maestro Kung-, si Sprulx todavía lo desea, sería aconsejable que le dejaseis partir.

-Sí, maestro-respondió el padre de Sprulx, inclinando la cabeza.

-¿Qué os ha dicho el sabio Kung?- preguntó Sprulx cuando salieron.

-Nos ha recomendado que esperemos seis meses, hasta que cumplas los diecisiete años. Y si para entonces, todavía deseas iniciar la ascensión al Gran Árbol, nos ha sugerido que comiences la aventura.

Sprulx no dijo nada más. Sus ojos hablaron por él. El brillo de los mismos se semejaba al resplandor del Sol en el azul del mediodía.

-Dicen-comentó el padre de Sprulx mientras regresaban a casa- que hace unos años alguien se aventuró a ascender por el camino del arco iris, y no regresó.

-¿Y qué le pasó?-preguntó Sprulx.

-Nadie lo sabe-respondió la madre.

-También se cuenta-continuó el padre-que, hace ya casi cien años, tres amigos iniciaron la ascensión. Solamente regresó uno, muy enfermo, y por las noches, entre sueños, deliraba y gritaba que a sus amigos se los había tragado el Gran Árbol.

-¿Y qué significaba?-preguntó joven.

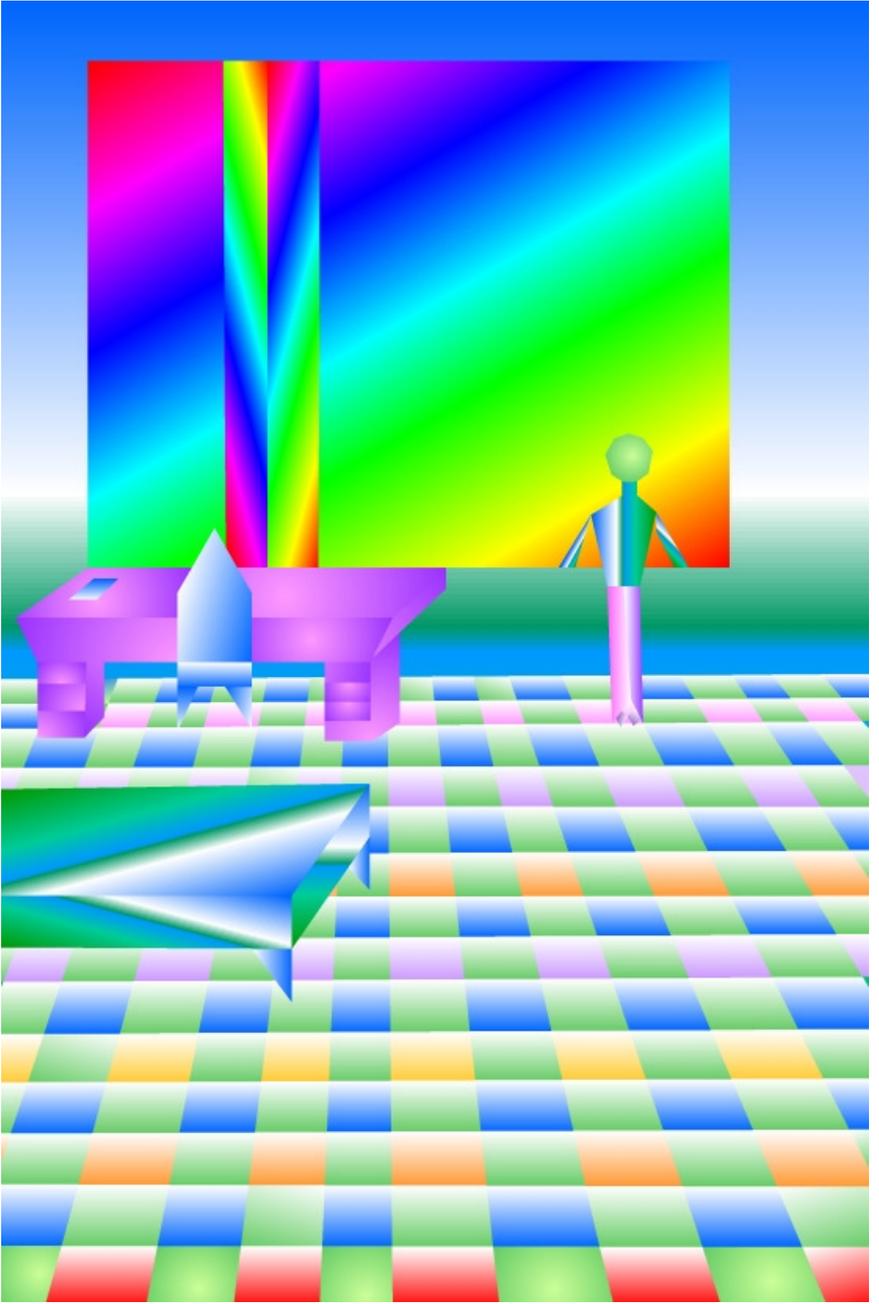
-A ciencia cierta-contestó el padre-, nadie lo sabe. Unos, los creyentes en el Gran Árbol decían que era algo muy bueno, y otros, los detractores e incrédulos, aseguraban que sólo era una alucinación del único superviviente.

Sprulx miró a su madre.

-Y tú, mamá ¿qué piensas?

-Estoy totalmente segura de que tendrás éxito en tan extraordinaria aventura.







Sprulx permanecía largas horas en su habitación. Cada día miraba el delgado hilo de luz que se elevaba sobre la lejana isla.

Había recopilado durante los seis meses de espera toda la información que existía en la biblioteca de su aldea.

Nadie conocía el origen de tamaño misterio. Unos decían que antiguos magos gigantes lo habían construido. Otros, afirmaban que existía desde el inicio de los tiempos. E incluso había quien aseguraba, como si fuese algo comprobado, que había sido diseñado por una civilización que provenía del cielo.

Había algo cierto y sin lugar a dudas, el Gran Árbol, o Árbol del Arco Iris no era visto por todo el mundo, ni durante todos los días. Era por ello que algunos le llamaban el Árbol de la Gran Ilusión.

Los maestros aseguraban que era el camino de luz que unía el mundo físico con el

mundo psíquico, también llamado mundo de las almas.

Los que se habían acercado hasta él, desconocían el material con el que estaba hecho. Era mucho más duro que el metal jamás construido por el mejor herrero de la región. Y sin embargo, se afirmaba que en ocasiones era transparente y a la vez cálido.

Sprulx, mientras miraba en lontananza y meditaba sobre el asunto, recibió el impacto de un extraordinario destello de colores que hizo que todo el paisaje quedase teñido por el arco iris que surgía del Gran Árbol. Al mismo tiempo, brotaron de su interior unas extrañas e incompresibles palabras que parecían no tener ningún significado. Después del golpe, producto de la caída sobre la selva, las había enunciado, pero ya no lo recordaba.

Pedro...Feldo...Flor de Aire...  
Tranco...Azul...Esmeralda... Dorado... ***Yo soy ese yo soy***





Todos los nombres parecían tener su origen y procedencia en los colores vibrantes del Árbol de la Vida. La visión y la voz interna, ambos fenómenos simultáneos, propalaban en su mente las palabras '***Tú eres todos ellos. Ellos son tú***'

Había llegado el momento de partir. Sus padres caminaron con él unos kilómetros, y justo en el límite de los campos de cultivo con la selva, fue el lugar donde se despidieron de su hijo.

-¡No sé cómo le permitimos iniciar una aventura tan peligrosa!-exclamó el padre.

-Sprulx será guiado por la luz que nace en su corazón y se refleja en sus ojos. No temas-contestó la madre.

El joven miró por última vez a sus padres, sonrió, les saludó con la mano y se adentró en la espesura de la selva. Apenas excedía unos días la edad de diecisiete años. Era verdad que algunos niños dejaban el

colegio a los catorce y comenzaban a trabajar, especialmente los hijos de los desfavorecidos por la diosa Fortuna, pero sus padres lo tenían todavía por un niño. Tuvo que dormir subido a alguna rama de los enormes árboles que constituían la selva, y que eran enanos respecto a los que se encontraban en la isla del Gran Árbol.

No fue algo terrible. Simplemente, un tanto incómodo. Tres días más tarde se encontraba junto a la orilla de las aguas profundas y peligrosas que le separaban de la isla mágica.

Sprulx se acercó tocó las aguas. Todo aparentaba calma y tranquilidad. Constató la existencia de unas grandes y extrañas cañas parecidas al bambú. Según la información recabada, con cinco tallos huecos, de una levedad extraordinaria, era suficiente para poder confeccionar una canoa.





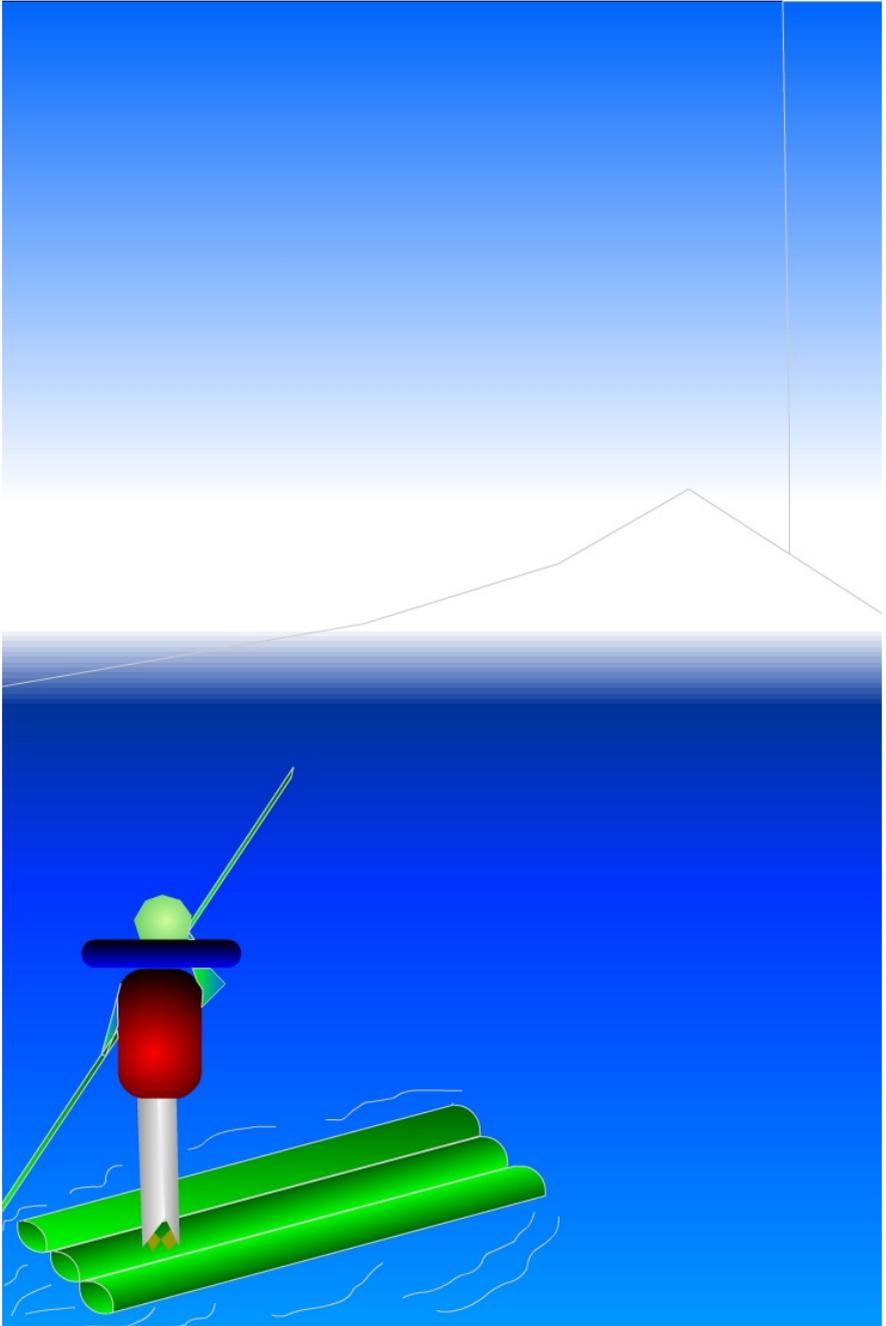


Ató las enormes y livianas cañas con cuerda que había llevado al efecto, y se dispuso a cruzar las aguas tranquilas del lago que separaban la selva de la isla mágica. La travesía parecía más cosa de paciencia que de peligro. Calculaba que en veinticuatro horas podría atravesar las aguas.

También había leído que en toda aventura debía de cruzarse un lago, un río o un océano, porque todo en la Naturaleza estaba compuesto del líquido elemento. De tal obstáculo tampoco se salvaba la naturaleza humana cuyo cuerpo y mente tiene elementos similares. Los antiguos sabios enseñaban que las aguas eran sinónimo de carácter y sentimiento. Pero, la verdad, no llegaba a comprender aquellos conceptos. Para él, el lago era algo externo que debía ser atravesado con una canoa. No perdió mucho tiempo en fabricar la pequeña embarcación. De hecho, con tres tallos gigantes consiguió construirla.

Empujó la balsa al agua, se subió a ella, y comenzó a cruzar el lago ayudándose de una larga caña o cayado hasta que la profundidad no permitía tocar el fondo. Se sirvió del remo. Sin duda, se daba demasiada importancia a algunas aventuras. Atravesar el líquido y azulado elemento era cosa de niños. Sprulx sonreía, se sentía superior al agua, y tal sentimiento le alejaba de la realidad. La ignorancia es atrevida.

Debía ser un día extraño y neblinoso. Apenas se percibía el Gran Árbol. El Sol se estaba poniendo, y la paz reinaba en aquel mundo de ensueño. Sprulx sonrió de nuevo. La noche, impertérrita, ineludible, fría, mundo natural de las sombras que se deslizan, estaba cubriendo el agua del lago. El azul de las aguas se tornó verde oscuro que dio paso al negro. Un aterrador silencio se aferró a Sprulx. El miedo se iba apoderando de cada rincón de su cerebro. La oscuridad y el temor se habían adueñado de la luz y de la alegría de su corazón.





La oscuridad de la noche habría podido con Sprulx si no hubiese sido porque en todo momento “veía” o “adivinaba” el fulgor del Gran Árbol.

Estaba casi dormido cuando se comenzó a escuchar un susurro que se originaba en algún punto lejano.

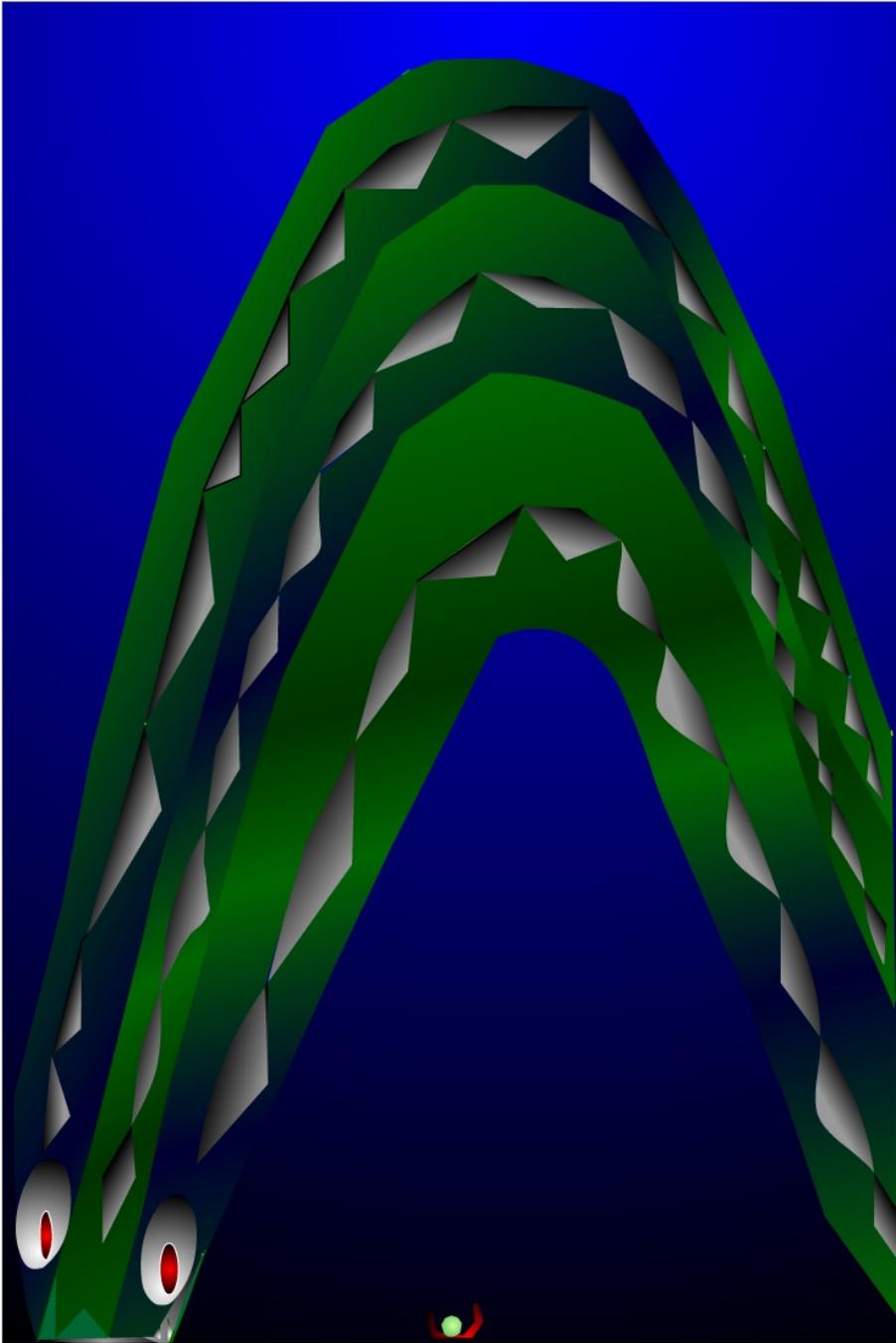
Se acercaba hacia él, y de inaudible murmullo se fue transformando en terribles y sonoros golpes que eran propiciados por algo gigantesco contra el agua. En pocos minutos, su mente se hizo una idea de lo que parecía acercarse. Debía ser algo así como un pez gigante que se sumergía y emergía en ondulaciones rítmicas. Sin embargo... no se distinguía algún coletazo que se estrellase contra las aguas oscuras.

¡Es una serpiente!-exclamó cuando los estruendosos golpes y gigantescas olas llegaron hasta él.

Sprulx perdió el equilibrio y se cayó al agua. Precisamente fue lo que le salvó, pues las enormes fauces de aquel inmenso animal se tragaron la balsa cuando se sumergía. De las comisuras de la boca de la serpiente se escapaban ingentes cantidades de agua así como numerosos peces y algunas pequeñas serpientes que vivían en la profundidad del lago. Una minúscula serpiente, que brillaba y tenía cuatro alas muy livianas, cayó herida muy cerca de él. Antes de pensarlo dos veces, la cogió y la guardó en uno de los bolsillos del chaleco salvavidas que afortunadamente llevaba puesto.

La balsa, la mochila, el remo, el saco de dormir, el largo cayado... todo había sido engullido por la gigantesca serpiente. La oscuridad, el silencio y el miedo a ser devorado por algún pez depredador se hicieron los dueños de su alma durante las dos interminables horas que faltaban para que la luz venciese a las tinieblas.







El chaleco salvavidas le había sujetado en la superficie del lago. En caso contrario, se habría ahogado. En muchas ocasiones, grandes nadadores perecen en los ríos y en los lagos. Una de las causas es que el fondo, muy en especial el de los ríos, puede estar repleto de ramas traicioneras que no permiten salir a flote. Otra razón por la que expertos nadadores pueden ahogarse en los ríos son las corrientes que arrastran al no experimentado hacia abruptos cortados. Una vez allí, la fuerza del agua puede sujetar a un hombre contra una pared sin posibilidad de moverse. Los nervios hacen el resto.

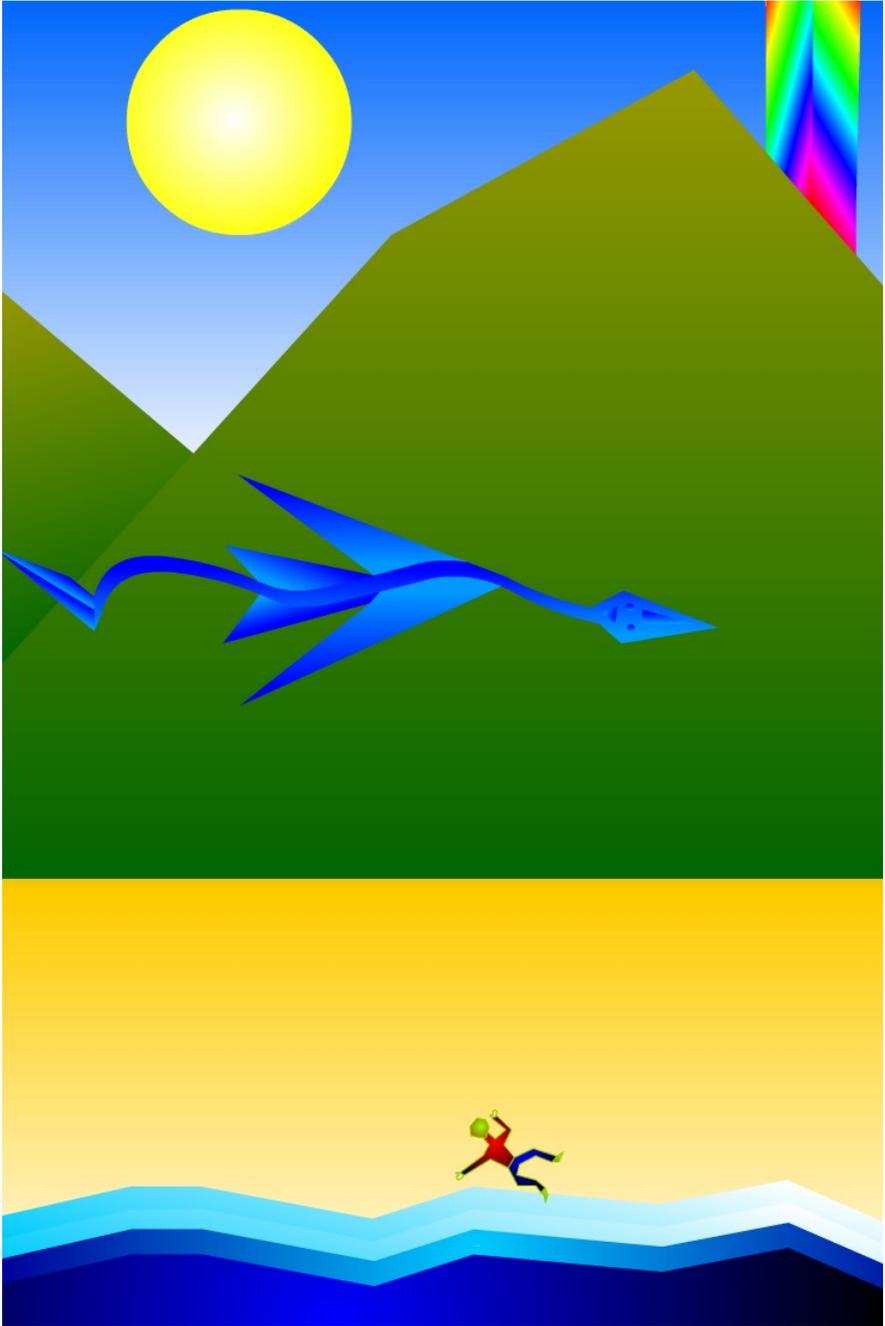
Sprulx apenas sentía su cuerpo entumecido por el frío. Por fin, el primer hilo de luz del alba le llenó de esperanza y viendo lo cerca que quedaba la orilla, se animó a nadar.

Cuando el Sol fecundó el horizonte reactivó el invisible resplandor del Gran Árbol.

El joven ya no necesitó nada más. La visión del Árbol del Arco Iris renovó su ánimo, y consiguió arrastrarse hasta la orilla. Antes de caer de bruces sobre la arena, extrajo del bolsillo a la pequeña serpiente voladora y perdió el conocimiento.

El extraño animal pareció despertar e inició el vuelo. Se elevó sobre los promontorios que rodeaban la playa, y observó que a unos cinco kilómetros de donde se encontraba Sprulx había acampado un pequeño ejército.

Contó diez tiendas de campaña de color ocre y verde. En una de ellas había dos centinelas con dos fusiles. Aunque, ciertamente la serpiente voladora sólo intuía de una manera un tanto vaga y brumosa lo que era todo aquello, cuando vio salir del recinto custodiado una mujer de cabello alargado, rizado, tumultuoso, y habló a los guardias, supo que su benefactor estaba en peligro.





-Despierta-le gritó la serpiente alada a Sprulx.

-No entiendo-respondió el joven, sin despertar completamente.

-Vienen los ladrones de almas.

-¿De qué me hablas?-seguía preguntando de una forma atolondrada.

-Donde hay una puerta para entrar al Árbol de la Vida, siempre hay un ladrón de tesoros.

-No he escuchado nunca algo semejante-le respondió Sprulx.

-Yo pertenezco a ambos mundos, y te lo puedo asegurar.

-¿Y qué me puede hacer? Sólo soy un joven que recién ha dejado de ser niño.

-Te adulará hasta que sepa cómo quitar el secreto de tu corazón.

Sprulx miró a la serpiente alada.

-Todavía no sé cómo te llamas-le replicó como si tuviese todo el tiempo del mundo.

-Me llamo Devita.

-¿Te refieres a esa bella mujer que viene por allí?-preguntó Sprulx.

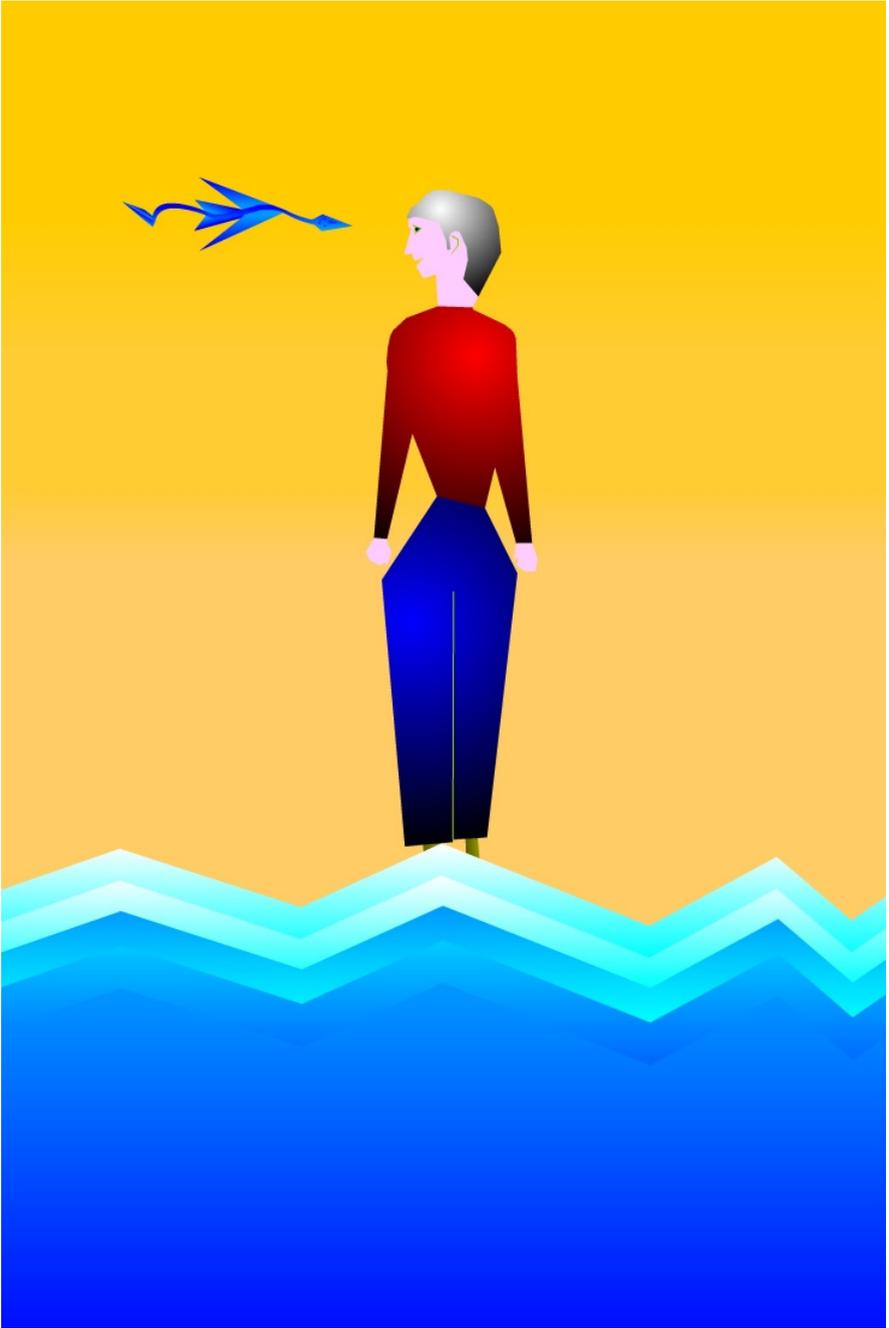
-Confía en mí. Huye a toda velocidad en dirección al Gran Árbol-le gritó la serpiente alada, expresando una enorme preocupación.

-De acuerdo. Vámonos.

-Espérame a la entrada del Arco Iris-dijo Devita-. Los entretendré para que puedas escapar más fácilmente.

Sprulx no estaba muy convencido, pero animado por Devita echó a correr en dirección al Árbol de la Vida.







-Hola-se escuchó la voz de una mujer cuando apenas Sprulx llevaba recorridos cincuenta pasos.

-Sigue-gritó desesperada Devita.

Pero Sprulx había vuelto la cabeza para mirar a quien le saludaba, y se detuvo. Detrás de la mujer caminaban cinco soldados.

-Somos exploradores-continuó hablando la mujer de ojos oscuros y cabello rizado.

Sprulx avanzó hacia ella.

-Estamos haciendo una expedición al Gran Árbol-dijo la mujer.

-Me llamo Sprulx-respondió el joven saludando con la mano.

-Soy Melis-respondió la joven mientras miraba a Devita, quien se escondía detrás de Sprulx.

-Yo también he iniciado la ascensión al Gran Árbol.

-Podríamos hacerla juntos-propuso ella.

-¿Se puede?

-Claro. Siempre es mejor ir acompañado-contestó Melis.

-Noooooo-le susurró Devita a Sprulx.

-Es bueno llevar guerreros por si surge algún problema-continuó hablando la mujer.

-Ya-respondió Sprulx comenzando a andar en dirección al Gran Árbol.

-¿Vienes de muy lejos?-preguntó Melis

-No. Del otro lado del lago.

-Has sido valiente al cruzarlo.

-Durante unas horas pensé que moriría en las fauces de la serpiente gigante.





-¿Te refieres a Féseo?

-¿Féseo?

-Sí. Es raro que no haya acabado contigo-  
contestó con extrañeza Melis.

-Se ha tragado la barca, la mochila y todo  
lo que llevaba, pero caí al agua antes de que  
entrara todo en sus fauces.

-Ya-contestó Melis excesivamente  
pensativa, y continuó- ¿tú ves el lugar donde se  
encuentra el Gran Árbol?

-¡Claro!-respondió ignorantemente el  
joven-¡Por eso he venido!

-Como te he dicho podemos  
acompañarte... si te parece bien.

-Por supuesto. Seguro que así caminamos  
más seguros.

-Nosotros te protegeremos.

-Gracias-contestó Sprulx pensando que Melis le caía estupendamente.

-Para entrar en el Gran Árbol se hace necesario pronunciar la palabra mágica-continuó hablando mientras caminaban.

-No...No lo sabía-contestó dubitativo y perplejo Sprulx.-En la información que he estudiado no se menciona nada al respecto.

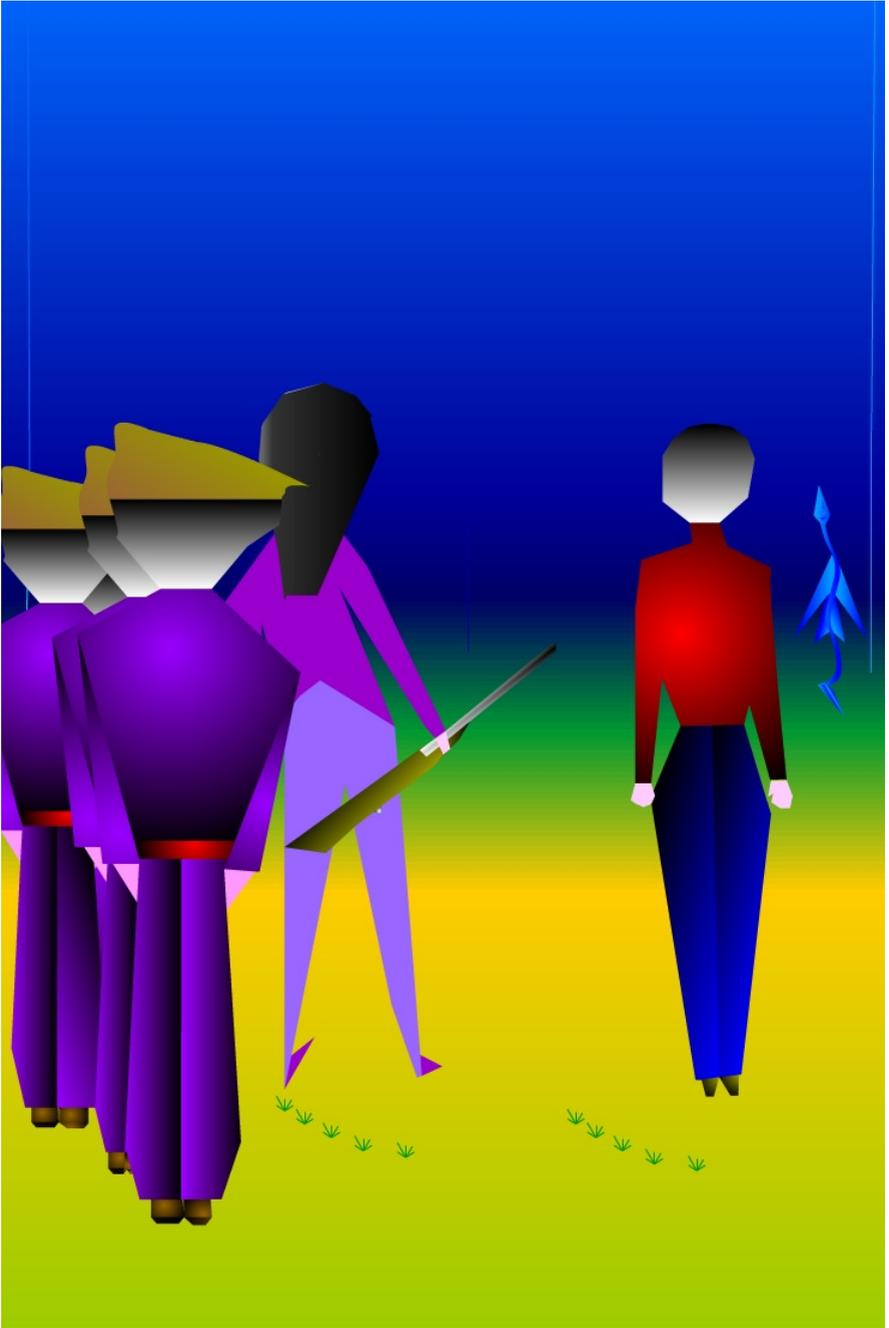
-Ya-entornó los ojos Melis pensando que estaba mintiendo, y continuó -No existe en el mundo nadie tan insensato como para comenzar la aventura del Arco Iris y no poseer, aunque sea equivocada, la palabra.

-Entonces, soy el primero.

-Pues parece ser que sí-dijo con cierto enfado la guerrera.

-¡Ya estamos delante del Gran Árbol!- exclamó Sprulx.







-Es hermoso-respondió Melis.

Los guardias se miraron. Ellos no veían nada.

-Ojalá podamos entrar los dos juntos-deseó Sprulx.

-Sería estupendo-respondió la mujer.

Los hombres armados comenzaron a darse cuenta de la estrategia de su jefe. Comprendieron que ella tampoco veía el árbol. Era de suponer que por lo menos Sprulx lo veía. Si no era así, estaban perdiendo el tiempo.

Devita tiraba de la cazadora de Sprulx. Era un joven ciego. No percibía el engaño a que estaba siendo sometido. Y en una décima de segundo, Melis agarró con la mano a Devita y le dijo con voz seria a Sprulx

-Si no quieres que muera este pez volador, dime la palabra mágica.

-No entiendo-contestó Sprulx, pues ni siquiera sabía que la sabía.

-Te lo repetiré una vez más. Dime las palabras que abren la puerta del Árbol de la Vida.

-De acuerdo.-respondió Sprulx con los ojos tristes, repletos de lágrimas, diciendo lo primero que le vino a la mente -“***Yo soy ese Yo soy***”

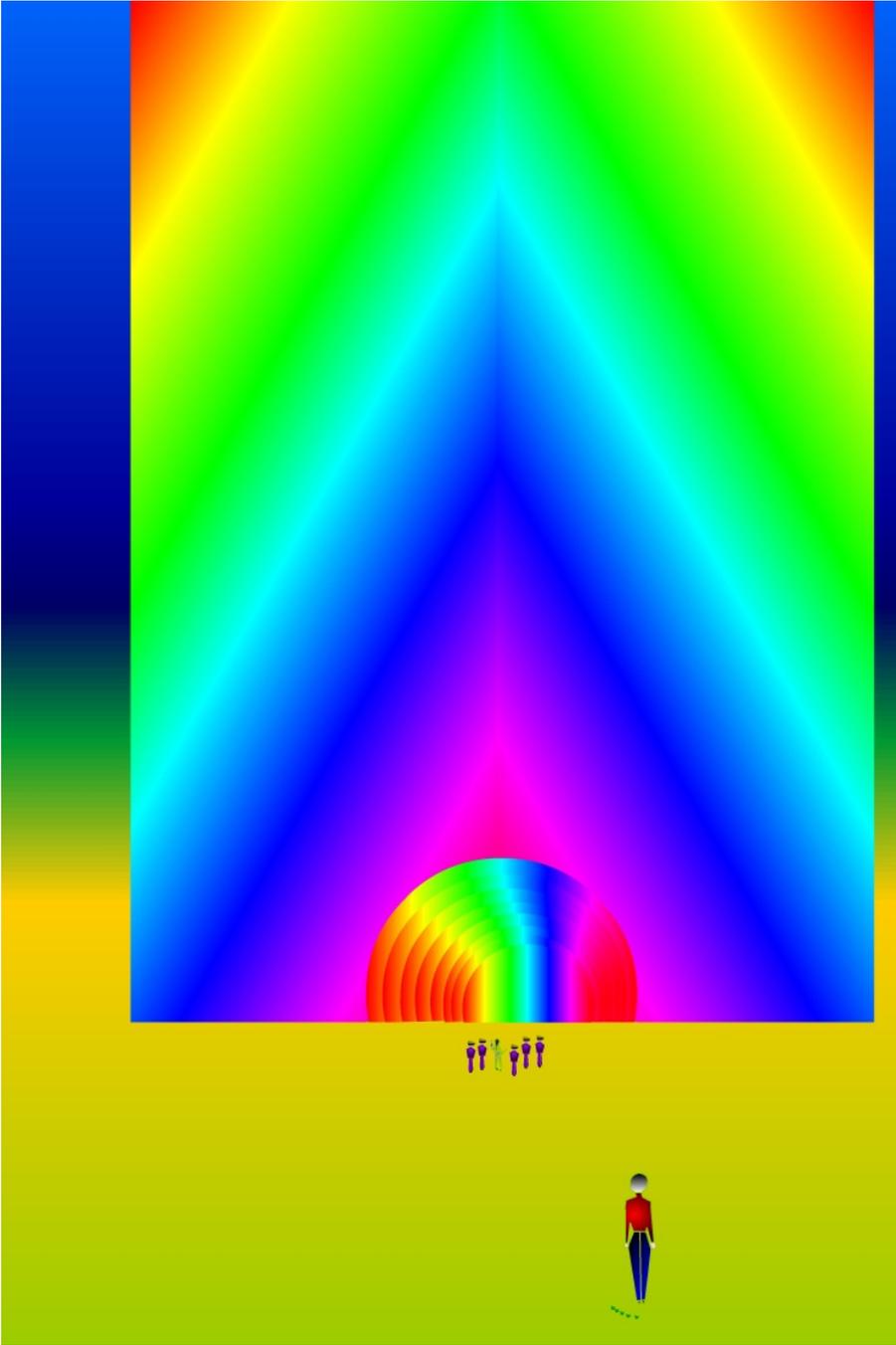
-Te creo-respondió Melis.

-No le hagas nada a Devita-rogó Sprulx.

-Si es verdad que has dicho las palabras correctas, no le ocurrirá nada. De lo contrario, morirá.

-¿Dónde está el Gran Árbol?-preguntó Melis con voz muy dura.

-¡Ahí mismo!-señaló Sprulx cada vez más sorprendido-¿Es que tú no lo ves?





Melis avanzó unos pasos con Devita encerrada en su puño.

“*Yo soy ese yo soy*” exclamó con vehemencia.

Donde no había nada, apareció un muro que se perdía más allá de las nubes.

Después de unos minutos se abrió una puerta en forma de arco.

Tanto el muro como la puerta eran parte del el arco iris, multicolores y transparentes. Melis sonrió.

-Vamos-ordenó a sus secuaces.

-Los cinco guerreros y Melis dieron los primeros pasos hacia el interior del Árbol de la Vida.

-El pajarraco me lo quedo-gritó Melis a Sprulx.

-Me habías prometido que no le pasaría nada.

-Claro. Y no le va a pasar nada mientras me sea útil.

El enorme muro multicolor inició una extraña vibración. La puerta se incendió, y con ella todo lo que estaba en su interior.

-Han muerto los seis-gritó Devita mientras salía a toda velocidad de aquel lugar.

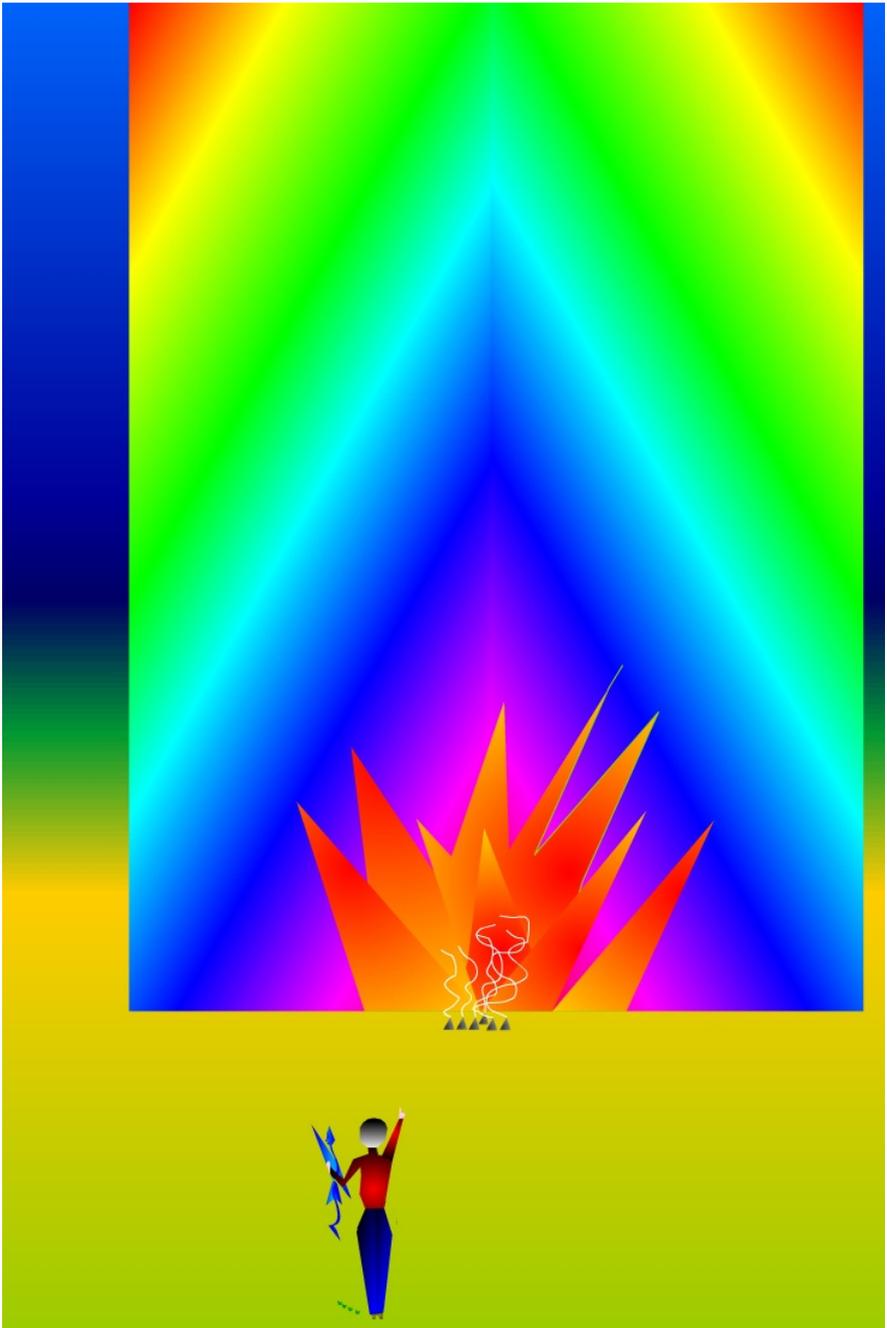
Sprulx abrazó contra su corazón a Devita. No supo qué contestar. El Arco Iris desapareció a los ojos de cualquier ser que no fuese vidente como el joven.

-¿Crees que nos pasará a nosotros lo mismo?-preguntó Sprulx a Devita.

-A mí no me ha ocurrido nada, creo-se expresó el pez volador palpándose el cuerpo con fina ironía y graciosa sonrisa.

-¡Es verdad!-exclamó Sprulx







Ahora tocaba el turno a Sprulx. No tenía miedo. Al contrario, estaba emocionado porque había superado tres dificultades. La primera tomar la decisión de buscar el Árbol de la Vida, la segunda cruzar el lago de Féseo, y la tercera sobrevivir a los ladrones de almas.

Avanzó hacia la puerta, todavía invisible. Su mano izquierda acariciaba a Devita y la derecha la extendió hacia los colores invisibles del Gran Árbol.

Pensó unos instantes en la frase mágica. No le gustaban mucho los acertijos, y el significado de las palabras era, quizás, la prueba más difícil que debería resolver.

Sabía qué significa “*Yo soy*”. Sin duda él era él. Lo sabía porque se palpaba a sí mismo y se reconocía. Lo sabía porque sentía. Y lo sabía porque pensaba, porque percibía una agradable sensación cuando se le ocurrían nuevas ideas que no había escuchado a nadie.

Pero, sin lugar a dudas, la frase enigmática y mágica llevaba oculto mucho más. Tal vez era como si además de ser él mismo, Sprulx, fuese otro ser escondido detrás de su personalidad.

Devita le miraba. No sabía por qué tardaba tanto en enunciar las palabras mágicas que abriesen correctamente la puerta del Gran Árbol.

Sprulx le acarició la cresta que tenía sobre la cabeza y el dorso.

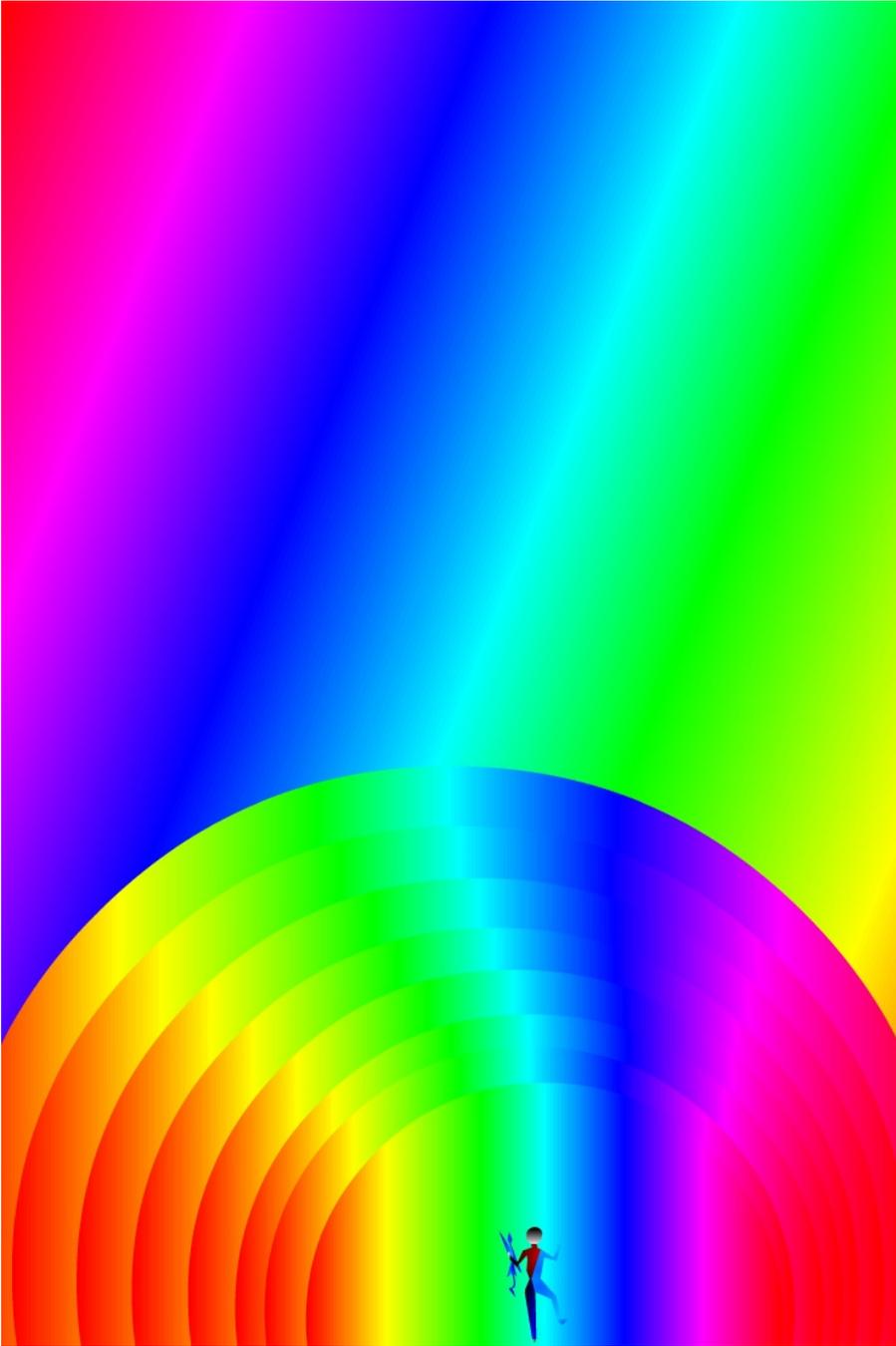
¿Entramos, Devita?

¡Claro!

“*Yo soy ese yo soy*”- exclamó el joven.

El muro multicolor se densificó, los arcos de la puerta aparecieron y ambos entraron.

Al atravesar la puerta percibieron una intensa y agradable vibración que les presionaba y acariciaba todo el cuerpo.





Paz, belleza y armonía era lo que Sprulx y Devita sintieron una vez que la puerta se cerró.

Lo que se denominaba el Gran Árbol de la Vida era mucho más grande de lo que se adivinaba desde el exterior.

La luz era la característica más destacada en aquel maravilloso mundo interno.

Caminaron sobre un suelo suave de láminas pétreas de color negro y blanco.

El cielo azul no tenía ni la más mínima nube. Y lo que parecía ser el Sol estaba justamente en la vertical donde se encontraban. Aunque lo mismo podría afirmar otro supuesto habitante de aquel mundo que estuviese al otro lado de la llanura.

Sprulx y Devita observaban sobrecogidos la perfección del universo interno.

Cuando llevaban unos minutos caminando, vieron acercarse una figura blanquecina. Se desplazaba flotando sobre el suelo.

Llegó hasta ellos, se detuvo, realizó una suave reverencia y les dijo algo que no esperaban escuchar.

-Bienvenido de nuevo a su reino, Señor.

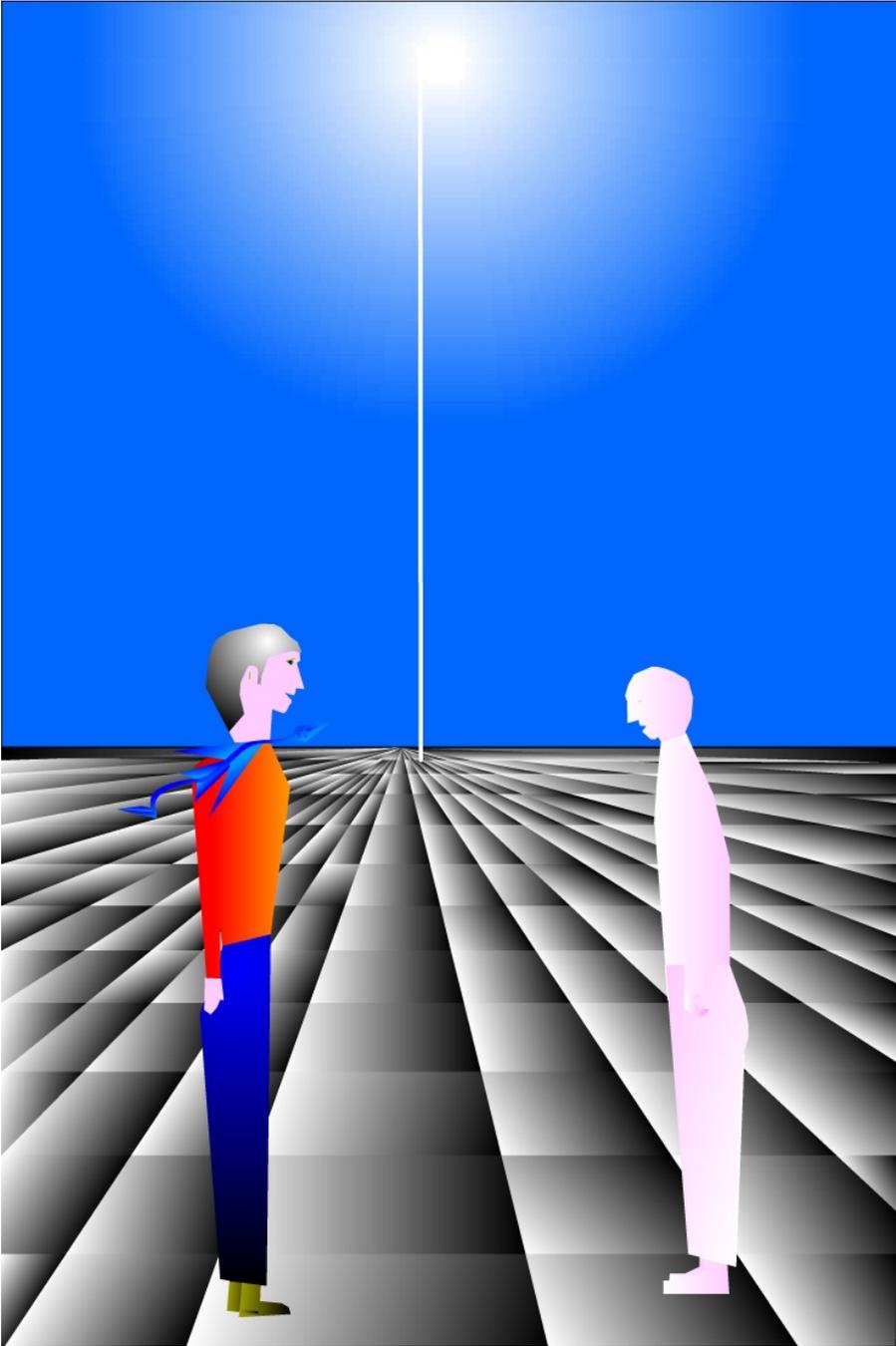
Sprulx y Devita le miraron. No entendían nada.

-¿Desea visitar a los siete sabios?

-Bien-respondió, por responder algo, Sprulx.

El joven y la serpiente voladora siguieron a la extraña y bondadosa figura blanca.







Intentaron caminar detrás de la figura humanoide, pero después de unos segundos ésta se había alejando tanto que apenas la distinguían en el horizonte.

La figura blanquecina regresó y les dijo

-¿Ocurre algo, Señor?

-No, nada. No te hemos podido seguir. Vas muy deprisa.

-¡Ah!-exclamó la figura etérea-Es porque todavía les parece que están en los mundos externos. Aquí, desear una cosa es sinónimo de velocidad.

-Gracias, lo tendremos en cuenta-respondió Sprulx.

-De nada, señor. Soy muy afortunado al poder estar con usted.

-Bueno...sólo soy un joven. Nada más.

-Señor, no sea tan humilde. Su Vida es nuestra vida. Usted es el alma todos nosotros.

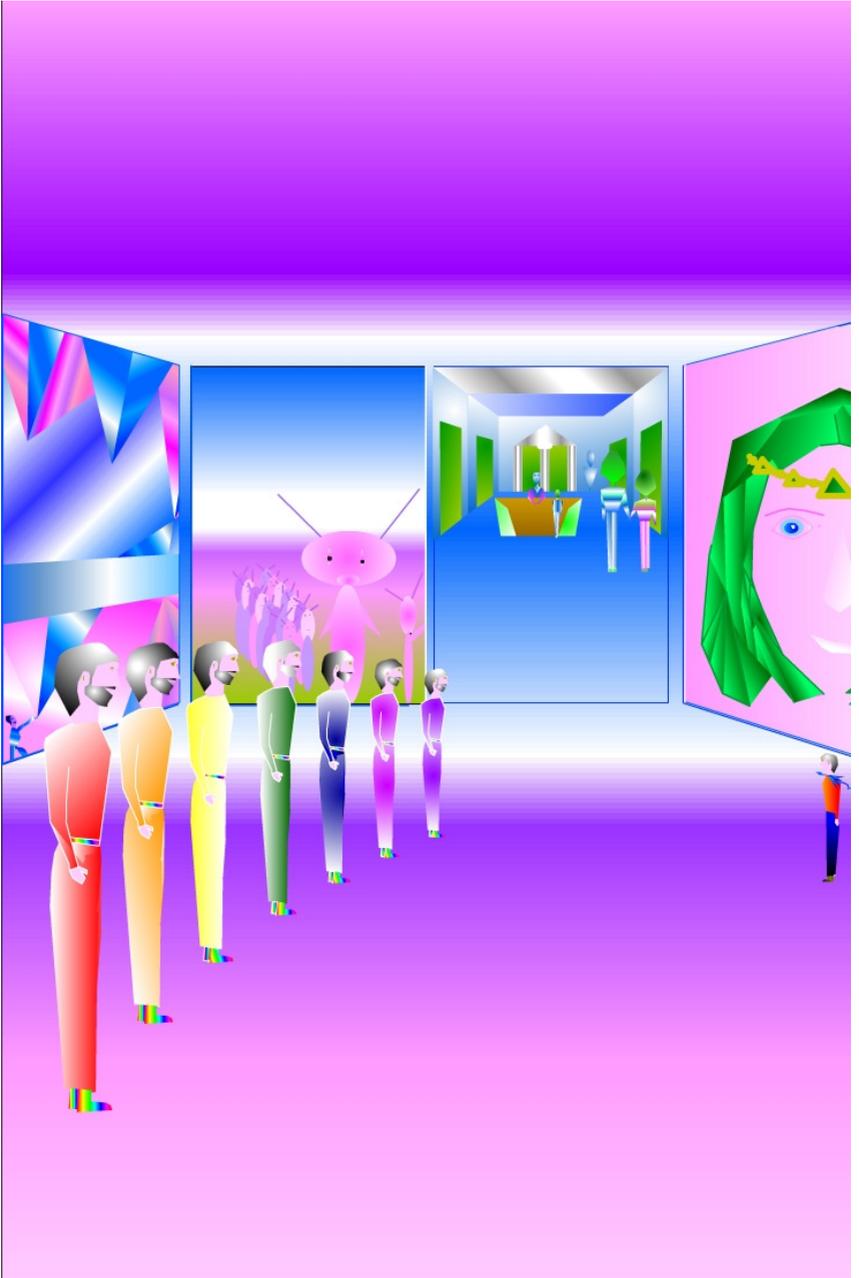
Sprulx observó los ojos del humanoide. El corazón del aventurero comenzó a descubrir la grandeza del universo en el que estaba. Sintió el primer destello de unidad. Percibió que algo mágico y extraordinario le unía a aquellos seres. Miró el hilo de luz que ascendía hasta el infinito. Las lágrimas, que hacía tanto tiempo no había sentido correr por su rostro, asomaron. Se acercó hasta la forma etérea, y posó la mano en el hombro de aquella bondadosa figura.

-Te entiendo perfectamente, Áureo-respondió Sprulx mientras el mensajero se transmutaba en color dorado.

-Es lo más hermoso que me ha ocurrido en la vida, amado Señor.

-Vayamos a ver a los siete sabios.

-De acuerdo, Señor-respondió Áureo.





En apenas dos segundos se encontraban en una sala de forma heptagonal.

Siete extraordinarios ventanales mostraban siete horizontes distintos. Y los siete sabios estaban esperando de pie cuando Sprulx y Devita entraron. Áureo les dejó justo en el umbral.

-Bienvenido, Sprulx-le recibió el más anciano de los sabios.

-Gracias.

-Estás comenzando a comprender-le dijo un segundo sabio.

-Creo que sí-respondió Sprulx.

-¿Sabes ya quiénes somos nosotros?

-No.

-Ya-respondió un tercero.

Sprulx miraba a los ancianos, y tenía la impresión de conocerlos. Todavía más, comenzaba a tener la sensación de que ellos eran parte suya. Él también era ellos.

-Así es Sprulx. Nosotros somos tú, y tú eres nosotros.

Los siete sabios tomaron la misma cara y la misma forma de Sprulx. Formaron un círculo, se convirtieron en luz, y se introdujeron en el corazón del joven.

Sprulx permaneció de pie. Estaba y no estaba allí. Aunque se hallaba en el centro de la sala, sentía que cada vez que miraba a un ventanal, la vida penetraba en sus ojos y era consciente de un mundo distinto.

-Son los siete universos que habitan en ti- escuchó una voz que procedía de su corazón.

Todos están en tu mente-Sprulx-añadió otra voz distinta.







-Pero... ¿Quién soy yo?-preguntó en voz alta Sprulx dirigiéndose alternativamente a cada uno de los ventanales.

-Tú eres el ser que gobierna los siete mundos en tu cerebro-le respondió una voz.

-Mira por los ventanales-le añadió otra voz.

Sprulx observó a través de ellos. Al principio en cada uno sólo había un horizonte azul. Pero cuando llevaba unos segundos observando se formaban imágenes.

Feldo...Tranco...Flor de Aire... Azul... Esmeralda... El Maestro Kung...

¡Él era ellos!

No comprendía todo, pero sí que se daba cuenta de que su propia vida era la de los seres que aparecían en los ventanales.

-¿Son parte mía?-preguntó Sprulx.

-Así es-respondió la voz del sabio más antiguo. Tú eres una mente y cada vez que has pensado en ellos, los has ido creando con la energía de tu cerebro.

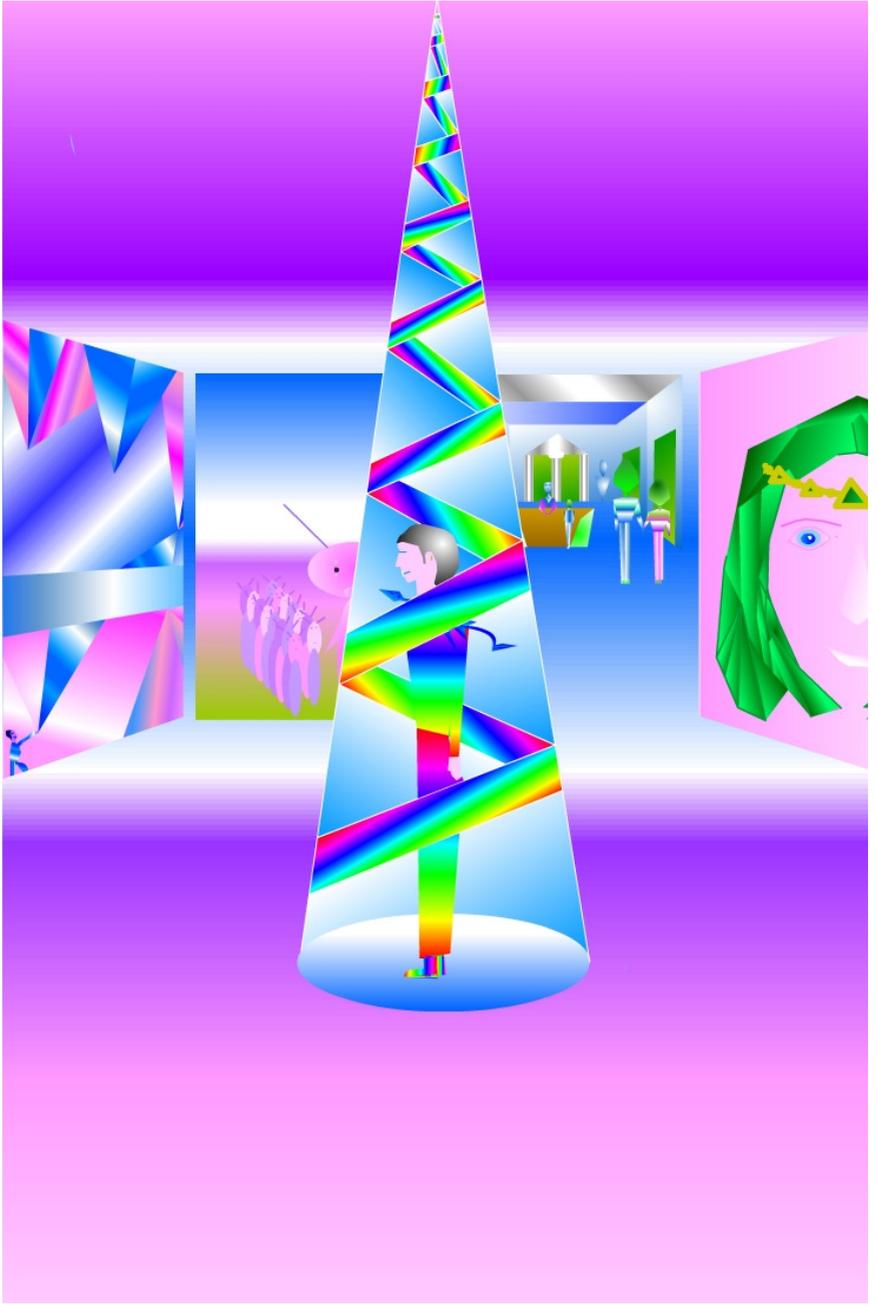
-¡Pero... yo... sólo soy un joven inexperto!

En ese preciso momento de su corazón emergieron los siete hilos de luz y de nuevo aparecieron los siete sabios.

Cada uno tenía una forma distinta y un color distinto, pero conservaban un rostro similar al suyo.

-Tú, Sprulx, eres un joven, un recién nacido. Nosotros nacimos antes que tú. Vivimos en el mundo externo en otra vida. Y ahora permanecemos en la mente de quien es nuestro Padre.

-¿Nuestro Padre?-preguntó Sprulx.





-Sí-respondió el sabio de color azul señalando con el dedo índice el haz de luz que ascendía hasta el sol de aquel mundo.

-¿Quién es nuestro Padre?

-Es el Eterno. El que fue, es y será. Algunos le llaman Alma, otros Espíritu, y aún hay quienes le denominan Mónada.

-¿Puedo verlo?

-Sí y no

-No entiendo.

-No puedes verlo porque es luz pura. Pero puedes imaginarlo porque tú mismo y nosotros somos Él, somos su reflejo.

-¿Y puedo sentirlo?

-Sí. Sólo tienes que cerrar los ojos.

Sprulx cerró los ojos. Sintió que todo se deshacía a su alrededor. No lo veía con los ojos físicos, pero sabía que la luz de los sabios, de los mundos más allá de los ventanales, entraba en su corazón.

Sintió compasión y alegría por aquel universo que le envolvía. Todos y cada uno de los personajes decían su nombre... Sprulx... Sprulx...Sprulx...Sprulx...

Sprulx abrió los ojos.

Estaba sentado con la espalda apoyada en un árbol.

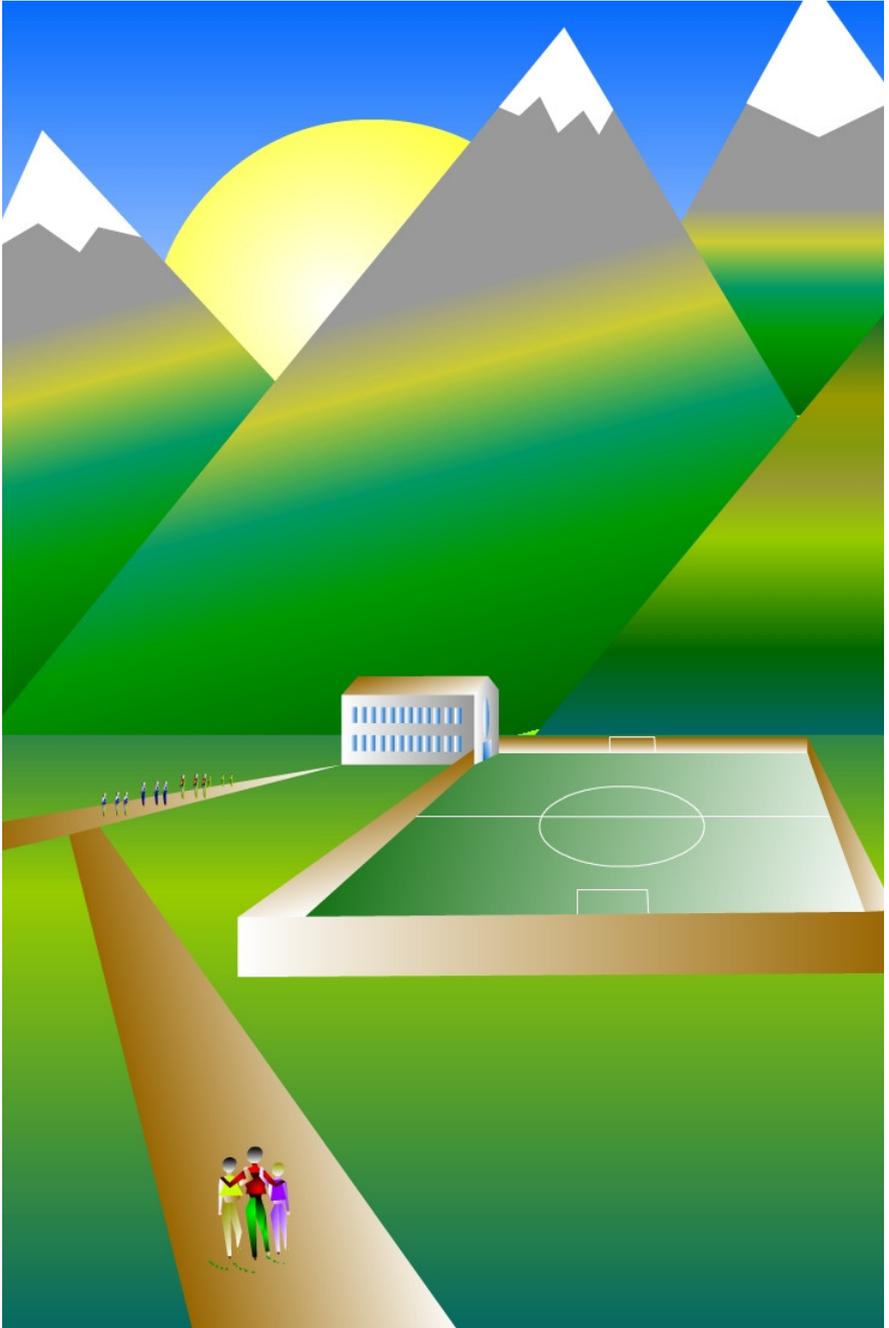
***-Yo soy ellos. Ellos son yo. Yo soy ese yo soy...***

Tardó unos segundos en despertar de aquel extraño sueño.

Contempló la cartera en el suelo. Se asustó...

**-Llegaré tarde al colegio-se dijo.**







Se levantó y marchó velozmente hacia la escuela mientras recordaba lo ocurrido.

¡Era un niño con suerte por recordarlo!

- ¡Si no, de qué me habría servido un viaje tan fantástico! -se dijo a sí mismo.

-¡Pedro! ¡Pedro! ¡Date prisa que llegamos tarde! -le gritaban Violeta y Daniel desde la entrada del pueblo.

El niño llegó hasta donde se encontraban sus amigos. Posó sus brazos en los hombros de ambos, y caminaron juntos.

-¡Qué gran alegría es volver a veros! ¡Estoy tan feliz de que seamos amigos! – exclamó Pedro-.

Violeta miró al muchacho. Sus ojos brillaban con el fuego eterno de la belleza.

**FIN**



## Epílogo

Pedro, con el tiempo, fue olvidando los detalles del maravilloso viaje, pero siempre recordó aquel mundo mágico, así como los inmensos tesoros que cada uno de los seres humanos conservamos en nuestro interior.

Esos recuerdos no son únicamente imágenes archivadas en la memoria de un ordenador llamado cerebro.

La energía de la mente humana es capaz de revivirlos, y, en estados muy especiales, como cuando habitamos en el mundo de los sueños, esas supuestas imágenes se pueden tocar.

Los grandes narradores infantiles han entrado en tan maravillosos mundos, y lo han expresado de una forma u otra. Llámese Fantasía, El País de Nunca Jamás, Narnia... no importa, existen. Y el poder creador de la mente humana siempre los encontrará.



## OBRA LITERARIA DE QUINTÍN GARCÍA MUÑOZ

Los ciclos del Planeta Andria	Novela
Iniciación	Novela
Magia Blanca	Novela
Ingrid y John o Unificación de las almas	Novela escrita con María Eliana Aguilera Hormazábal
Plaza Baquedano	Antología de autores chilenos – Con María Eliana (cuentos)
Río Bellavista	Antología de autores chilenos – con María Eliana (cuentos)
Parque Merced	Antología autores chilenos – con María Eliana (cuentos)
El Hijo de Osiris o El hombre que amó mil corazones	Novela
Cuentos de Almas y Amor	Cuentos con Salvador Navarro Zamorano e Isabel Navarro Reynés
Nueva Narrativa	Narraciones con Salvador Navarro Zamorano e Isabel Navarro Reynés
La Cueva de los Cuentos	Página web de cuentos.
El camino del Mago	<i>(Poemas y prosa) Quintín &amp; Salvador</i>
Cerro Forestal	Antología de autores chilenos – con María Eliana (cuentos)
Crónicas	<i>(Versos y prosa) (Quintín &amp; Salvador)</i>
Creadores de Mundos	<i>Poemas</i>

Serpiente de Sabiduría	En formato de guión
Nueva Narrativa Vol 2	Relatos con Isabel Navarro Reynés y Salvador Navarro
Lecciones de cosas	Ensayos & <i>poemas</i> ( Salvador Navarro Zamorano & <i>Quintín</i> )
La mujer más poderosa del mundo	Novela Salvador Navarro Zamorano & Quintín García Muñoz
Alma	Poesía
Telepatía y Tele-energía	Ensayo
Transmutación Humana	Ensayo
Etérea	Novela
Atrapando la luz	Poesía
Hijo de las estrellas	Novela
De la luz a la vida	Ensayo
Micromundos	Cuentos infantiles
Página web	<a href="http://www.orbisalbum.com">www.orbisalbum.com</a>



Quintín García Muñoz



## LA GRAN INVOCACIÓN

Desde el punto de Luz en la Mente de Dios,  
Que afluya luz a las mentes de los hombres;  
Que la Luz descienda a la Tierra.

Desde el punto de Amor en el Corazón de Dios,  
Que afluya amor a los corazones de los hombres;  
Que Cristo retorne a la Tierra.

Desde el centro donde la Voluntad de Dios es conocida,  
Que el propósito guíe a las pequeñas voluntades de los  
hombres;  
El propósito que los Maestros conocen y sirven.

Desde el centro que llamamos la raza de los hombres,  
Que se realice el Plan de Amor y de Luz  
Y selle la puerta donde se halla el mal.

Que la Luz, el Amor y el Poder restablezcan el Plan en la Tierra

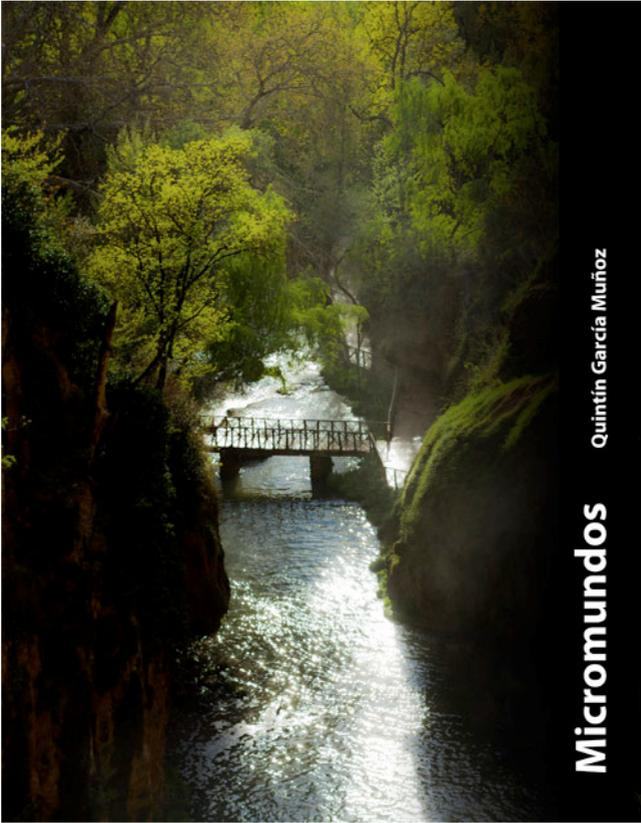
## UNIFICACIÓN

Los hijos de los hombres son uno,  
y nosotros somos uno con ellos.  
Tratamos de amar y no odiar,  
de servir y no exigir servicio,  
Tratamos de curar y no herir.

Que el dolor traiga la debida recompensa  
de luz y amor.

Que el alma controle la forma externa,  
la vida y todos sus acontecimientos,  
y traiga a la luz el amor que subyace en todo  
cuanto ocurre en esta época.

Que venga la visión y la percepción interna.  
Que el porvenir quede revelado.  
Que sea demostrada la unión interna.  
Que cesen las divisiones externas.  
Que prevalezca el amor.  
Que todos los hombres amen.



# Micromundos

Quintín García Muñoz